

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1860. — TOMO XVI.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.
Administracion general, passage Saulnier, núm. 4, en Paris.

AÑO 19. — N° 396

SUMARIO.

Sucesos de Siria; grabado. — La Dama de noche. — La ciudad de Beyruth; grabado. — La ciudad de Damasco; grabado. — Revista de Paris. — Estudios de costumbres. — Expedicion de China; grabados. — El mal de amores. — Cuentos fantásticos. — Noticias de Sicilia; grabados. — Verdades, mentiras, errores y preocupaciones. — Boletín científico. — Últimas operaciones militares en Sicilia; grabados.

Sucesos de Siria.

Hace quince meses un druso subía montado en un asno por uno de los estrechos senderos del Líbano; un maronita de Beit-Mery que bajaba de la montaña, viendo interceptado el paso, después de injuriar y amenazar al druso, alzó su garrote y dió de palos al borrico. Siguió una lucha en la cual salió muy mal parado el druso. Al otro día los drusos vengaron á su compañero pegando fuego á Beit-Mery. Los cristianos recurrieron á la autoridad del caimacan, y se hizo justicia, pero no del modo conveniente. Se dijo que los drusos levantarían las casas incendiadas y pagarían daños y perjuicios á sus dueños. Las casas no se levantaron ni se pagaron las indemnizaciones, y así permanecieron las cosas hasta que un nuevo accidente vino á reanimar los rencores.

Un año mas tarde un ingeniero de la carretera que una sociedad francesa hace construir



MARONITA ASESINADO POR LOS DRUSOS EN EL CAMINO DE BEYRUTH A BEIT-MERY.

de Beyruth á Damasco á través del Líbano y la llanura de Bkaa estaba distribuyendo á sus obreros la paga de la semana. Un obrero druso reclamó algunas piastras que faltaban en su cuenta, segun él decía; y cómo no accedieran á su petición, el druso se retiró friamente, tomó su escopeta que tenía á la orilla del camino y descargó su arma sobre el ingeniero; el tiro, mal dirigido, fué á dar á un pobre maronita ocupado en su trabajo. El druso huyó. La noticia de este asesinato se esparció muy luego por el Líbano, y entonces comenzó en toda la montaña, hombre contra hombre, la terrible vendetta que fué el principio de una lucha general.

Por todas partes se dió la voz de alerta. Un día una partida de jóvenes maronitas volvía de Deir-el-Kammar donde habían comprado algunas escopetas, y andando descargaban sus armas cargadas con pólvora. Acudieron muchos drusos, y después de una lucha de algunos instantes desarmaron á los maronitas. Los jóvenes para vengarse quisieron atacar la aldea enemiga, pero la organizacion drusa, preparada ocultamente, había tomado una gran extension; en el Líbano y el ante Líbano, en todos los puntos de la montaña, las aldeas drusas habían recibido la orden de prepararse para la guerra; se ordenó un alzamiento en masa; por todas partes se hacian víctimas, y la primera fué un sacerdote maronita de Nihha. En presencia del peligro que amenazaba á toda la poblacion cristiana del Líbano, el obispo Tobías fué enviado cerca del gobernador de Beyruth. El obispo habló con firmeza; su palabra llamaba al gober-

nador á la defensa de los cristianos á quienes debia una proteccion que su gobierno habia asegurado á la Igle-
sia maronita; invocaba derechos reconocidos; reclama-
ba un apoyo que le era debido, y hacia recaer sobre la
responsabilidad del bajá las desgracias que podia traer
el abstenerse de hacer justicia.

Al otro dia de esta visita del obispo la cuestion toma-
ba un aspecto mas terrible aun. — Digamos dos pala-
bras sobre la organizacion politica del Líbano.

Es sabido que el sistema de feudalismo bajo el cual
han vivido tanto tiempo los paises de Europa durante
la edad media, se halla todavia en vigor en las monta-
ñas de la Siria. El Líbano repartido en distritos cuenta
un emir á la cabeza de cada uno de estos gobiernos
parciales. Al emir soberano obedece á titulo de vasallo
el cheik que domina en tal ó cual comarca, en tal ó
cual pueblo; en cuanto al aldeano, es un siervo á dis-
crecion del cheik que le debe proteccion en caso de ata-
que, y que en cambio exige de él el trabajo de sus ma-
nos para cultivar, sembrar y recoger las cosechas. Todo
marcha así hasta el dia en que el fellah se subleva y
se niega á obedecer al cheik, que a su vez no reconoce
ya la autoridad del emir, y de ese modo se desorganiza
el gobierno de la montaña.

A menudo sucede que los cheiks se proclaman inde-
pendientes y las aldeas se dan un amo á su gusto; esto
es lo que pasó algunos dias antes de la llegada del obis-
po Tobias á Beyruth. Una porcion de aldeanos subleva-
dos pusieron á su cabeza á un herrador á quien dieron
el titulo de bey. El caimacan gobernador de los cris-
tianos nombrado por la Puerta, habia sido atacado por
ellos y arrojado de la poblacion; y se necesitó toda la
autoridad y la influencia del cónsul de Francia M. Ben-
tivoglio para que volviera á ocupar su puesto; pero
bajo las órdenes del bey, aquella partida de aldeanos
se adelantaba hasta Beyruth robándolo y devastándolo
todo. Los cónsules extranjeros se dirigieron al bajá á
fin de que tomara medidas para la defensa de la ciudad,
y enviara á la montaña fuerzas suficientes para cortar
una lucha cuyas consecuencias eran fáciles de prever.
La vispera habian incendiado la aldea de Beit-Mery;
la casa del caimacan habia ardiendo, y Brumana era tam-
bien presa de las llamas. La expedicion era ya bien
tardía; el bajá habia despachado algunos bachibu-
zucs para apagar los incendios que se propa-aban
hasta las puertas de Beyruth; pero esos soldados habian
concluido la obra de devastacion de los drusos. Un des-
tacamento turco avanzó pues en la montaña y fué á
colocarse entre los maronitas y los drusos; pero ape-
nas hacia media hora que estaba acampado cuando se
presentó un cuerpo de 1,200 drusos al que dejó *paso
libre*, y al otro dia continuaba el degüello con mas fer-
rocidad que nunca. El 4 de julio comenzó esa lúgubre
historia de saqueo, asesinatos y violaciones, á que ha
de poner fin definitivamente la intervencion de las po-
tencias europeas. Esa historia se compone de cobardes
abandonos, de frias atrocidades cometidas en el mes
último, y en las cuales Deir-el-Kammar, Beit-ed-Din y
tantos otros pueblos entregados á sus enemigos y sa-
queados por aquellos mismos que tenian mision de de-
fenderlos, han desaparecido completamente. No es mi
ánimo detallar aquí las escenas de horror que han cos-
tado la vida á miles de cristianos, y á las que el gober-
nador Kurchid-bajá no puso un término sino cuando
los drusos hubieron concluido la obra de carnicería y
de devastacion. He querido indicar brevemente cuál ha
sido el principio de esa sangrienta comedia de un pue-
blo á quien degüellan á la vista de una autoridad im-
pasible que ha prestado á todos esos crímenes el apoyo
de su inaccion, si no es mas culpable todavia.

Solo diré ahora algunas palabras relativas á Beyruth
y Damasco, pues las vistas de estas dos ciudades que
damos en las páginas 84 y 85, son una descripcion sufi-
ciente.

Beyruth es una de las principales escalas del Levante;
tiene toda la vida de una gran ciudad; su rada está
cubierta de buques, y reina una comunicacion ince-
sante entre ellos y la tierra. Sin embargo, Beyruth no
tiene una poblacion considerable. Estrechada á la vez
por el Líbano que se eleva detrás, y por el pequeño desi-
erto cuya arena roja y brillante la amenaza con su
invasion, se resguarda de su enemigo detrás de un pi-
nar que plantó en otro tiempo el célebre emir Fakr-ed-
Din, y se apiña sobre sí misma en un territorio estre-
cho.

Pero en esas aldeas, hoy reducidas á cenizas, y espar-
cidas hace algunos meses por la montaña, vive una
poblacion industriosa y laboriosa.

Detrás de esa cordillera del Líbano que como un muro
inmenso la separa del Asia, Damasco está sentada en
medio de la llanura mas fértil del mundo, Damasco que
recibe cada año por las caravanas de Bagdad los pro-
ductos de la Persia, y por la gran caravana de la Meca
los productos de la Arabia, y cuya poblacion se eleva
á mas de 180,000 almas. El Líbano y Damasco viven en
Beyruth, pues allí van á parar todos sus productos y
todas sus riquezas. Sobre ese punto del mar Damasco
acude á tratar con el comercio de la Europa, despues
de haber atravesado las montañas que la tenian prisionera.
Veinte leguas la separan de su factoria, veinte y seis
á través de las rocas y los precipicios del Líbano.

Al cabo de tres dias de marcha por senderos á menu-
do impracticables, hay que llegar á las cumbres de la
montaña y atravesar la vertiente oriental del Líbano
y sus colinas plantadas de moreras y de viñas, y en-
tonces, solo entonces se descubre el Oriente en toda su
magnificencia; entonces en una de las llanuras mas ricas
del mundo, bañada por los numerosos canales de un

rio se encuentra esa ciudad llena de minaretes y de
cúpulas, Damasco, que consideran los árabes como uno
de los tres paraísos de la tierra.

H. L.

En la ciudad de Damasco reside el célebre y desgra-
ciado Abd-el-Kader, que en vista de los deplorables
acontecimientos de Siria, ha escrito la siguiente carta
al *Birgis Paris*, periódico árabe que se publica en
Paris:

« Alabanzas á Dios.

» Sorpresa me ha causado todo lo que habeis dicho
en el *Birgis* acerca de los Estados musulmanes. Efecti-
vamente habeis dado buenos consejos y obtendriais re-
sultado si hubiéreis hablado con vivos en vez de diri-
giros á muertos: vuestros razonamientos están fundados
en dos puntos, pero podriais aun haberos hecho cargo
de un tercero, y decir que los soberanos verdadera-
mente musulmanes gustan de la conducta de las gen-
tes honradas y siguen sus huellas en la justicia y el
desprecio de los bienes de este mundo, porque desde lo
alto debe venir el ejemplo á los pequeños. Mas ¡ay!
¡cuán distantes estamos de obrar así!

El estado actual de los imperios musulmanes entre
los cristianos, todo lo que hoy sucede, todo ha sido
pronosticado por Mahoma á su tiempo, y esto es justa-
mente lo que tanta autoridad da á sus profecias. El ha
anunciado el aniquilamiento de los Cosroes (Faraones ó
Césares), y los Cosroes desaparecieron; él ha dicho tam-
bien que los reyes cristianos conservarían su poder
hasta el fin de los siglos, y que los soberanos de un
pueblo serian abandonados por Dios á causa de su con-
ducta contraria á sus leyes, de su injusticia y de su
amor á los bienes de la tierra; él ha dicho en fin, que
el mundo no acabaria hasta que los cristianos llegaran
á formar la mayor parte del género humano, y este
suceso no puede menos de llegar, porque como ha di-
cho Mislam, el autorizado intérprete de Mahoma, ellos
poseen entre otras cuatro cualidades que son prenda
segura de triunfo en el porvenir, la clemencia en la
victoria, la resignacion en la derrota, la energía en el
ataque y la caridad para con los pobres, débiles y
huérfanos.

Yo, por mi parte, añadiré que á todos estos dones
añaden uno mayor todavia, cual es el de saber sus-
traerse, cuando es preciso, á la injusticia y á la opre-
sion de sus reyes.

Lloro ¡oh Dios mio! la desaparicion del islamismo.
Nosotros somos de Dios y á Dios debemos volver.

En estos momentos horribles espantoso desórden rei-
na entre drusos y maronitas; por donde quiera el mal
ha echado profundas raices; en todas partes se mata y
se degüella. ¡Quiera Dios que las cosas tengan mejor
resultado!

Salud de parte del pobre delante del Dios rico.
Abd-el-Kader Ben Matrieddin el Kasseny. Damasco 21
Gon la Kahda 1276 (10 de junio de 1860). »

LA DAMA DE NOCHE

NOVELA ORIGINAL

DE DON MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

(Continuacion.)

CLXIX.

— ¡Hermana Ines de Margarita! exclamó Luis: ¡oh,
qué horror! ¡enamorado yo de la hermana de Ines!
¡enamorado el marqués, loco por la hija de Gabriela!
¡oh! ¡estamos malditos de Dios!

— Ines está sola en el mundo, Luis.
— ¡Eh! ¿y qué me importa á mi?
— ¡Ines es madre!
— ¿Ines es madre?
— Sí, de un hermoso niño huérfano y sin nombre.
— ¡Oh! ¡oh! vamos á ver á Margarita.
— ¿Y para qué?
— Quiero pedirle perdón.

Y tiró por un corredor adelante de una manera tan
rápida, que me ví obligado á correr para seguirle.

Llegó á una puerta y llamó
Aquella puerta se abrió y apareció un criado.
— La señorita no está en casa: dijo.
— ¿Y adónde ha ido?
— Ha mandado poner el carruaje, ha entrado en él,
y no ha dicho á dónde iba.
— ¡Estamos malditos de Dios! repitió Luis, y con
paso lento se volvió por el mismo camino que habia-
mos llevado.

CLXX.

Yo le seguí.
¿Adónde habria ido Margarita?
Indudablemente, al número 170 de la calle de Alcalá.
Una alegría inmensa inundó mi alma.
Margarita habia roto al fin por todo y se habia eman-
cipado.
Margarita era libre y me amaba.
Yo podia decirle: toma tu nombre: le he encontrado
y te le traigo.
Pero al darla su nombre debia darla un golpe cruel.
La certidumbre de que habia presenciado la agonía
de su padre.
Este pensamiento apagó mi alegría.

CLXXI.

— ¿Has traído tu carruaje, Andrés? me preguntó
Luis.

— Sí, le contesté.
— Pues bien, llévame á Madrid: á mi ca... iba á de-
cir á mi casa, pero yo no tengo casa: á mi cuarto de
la fonda de las Peninsulares. Rouget, tú ven y ábre-
nos la puerta maldita de esta casa infernal.

M. Rouget se acercó todo humilde, todo lacrimoso,
todo compungido.

— El marqués se muere, exclamó.
— En buena hora, dijo Luis.
— ¿Qué sucede al marqués? pregunté á M. Rouget.
— Sucede, señorito, que el marqués llora.
— ¿Y esa es la prueba que tiene Vd. de que el mar-
qués se muere?

— Cuando una roca se deshace en agua, señorito, es
que se deshace: además de esto me ha llamado, me ha
tratado bien, y me ha pedido perdón por el puntapié
que me ha dado. Este es otro sintoma de que se va á
morir. ¡Pedir perdón el marqués! ¡y á un criado!

— ¿Ha estado injusto con Vd.?
— Acostumbraba estarlo con frecuencia: además ha
mandado llamar á un sacerdote: tercer signo fúnebre;
y cuarto y último signo, pide un escribano para hacer
testamento, y no se acuerda de un médico para que le
cure.

— Oye, Salmonete, exclamó Luis animándose y le-
vantando la cabeza al oír hablar de testamento; ¿no
has podido sacar en claro á quién va á constituir su
heredero?

— No le he oído nombrar á nadie mas que á un Lo-
renzo y á la señorita.

— ¡Diablo! exclamó Luis volviéndose á mí; la for-
tuna no es para quien la busca: si Margarita hereda á
su tío, porque por lo visto Margarita es sobrina del
marqués, y tú te casas con ella, rico eres ya, pero se-
rás poderoso: solo en barras de oro tiene mi tío un
Potosí... es muy rico... pero tambien le heredará Ines...
¡Diablo!... no habia caído en ello... debe por lo menos
heredarle... si le hereda me caso con ella.

— Vámonos, dije á Luis deseando cortar aquella re-
pugnante conversacion que tenia lugar delante de un
criado.

Y eché á andar hácia la puerta de la cerca.

— ¡Bah! si le tocara á Ines esta quinta, decia si-
guiéndome, con algunos milloneros, no estarian esas
estatuas por tierra, ni esas fuentes cubiertas de brezos,
yo te lo aseguro: yo haria de esta quinta un retiro
delicioso, una casa de verano: en el invierno el campo
es muy triste... cuando empieza á llover, á llover... y
nunca llueve bastante para que se le limpien á uno las
manos.

Y Luis como en otras ocasiones se frotaba las manos
á la manera de lady Macbeth.

Llegamos al portalon, y M. Rouget abrió.
— Oye, remolacha, le dijo Luis; si á mi tío se le
ocurre pedirme perdón por el bocado que me ha afian-
zado en un hombro y que me duele mucho, me avisas
al momento: fonda de las Peninsulares, núm. 20: no
te olvides.

Y se entró en el coche.
Tras él entré yo.
M. Rouget, despues de saludarme cumplidamente,
cerró el portalon.

Luis se acurrucó en un ángulo.
— ¡Salir yo, decia, de casa de mi tío sin dinero á
pesar del 25 de mayo! Nunca ha sucedido esto: indu-
dablemente mi tío se va á morir.

— ¿Cómo eres tú sobrino del marqués? le pregunté.

— Como hijo de una prima de Gabriela, de la ma-
dre de esas cuicas, que era al mismo tiempo prima
hermana de mi tío: la buena de mi madre murió en
olor de santidad: estuvo veinte años viuda; mi padre
murió al darme a luz mi madre, por lo cual la familia
no disminuyó, hubo un simple cambio de posicion, en
vez de tener marido, mi madre tuvo hijo: sufrió con
valor su viudez sin darse á partido á nadie: es verdad
que mi madre era medianamente fea: yo me parezco
á mi padre, si no mienten los retratos de familia que
no sé por dónde diablos andarán; porque aunque mi
madre fué una viuda austera, era muy aficionada á
las hermandades, y á las cofradías, y á las congrega-
ciones, y á las reglas: en mandas, votos y limosnas
gastó todo mi caudal, y se murió dejándome reducido á
mi tío que, vamos, desde el 25 de mayo de 18... ha sido
para mí un buen tío: bastaba únicamente que le escri-
biese cuatro letras para que me enviase algunos buenos
billetes ó algunas excelentes letras de cambio. Pero el
25 de mayo ha perdido su fuerza, como han perdido su
fuerza las hermosas manos de mi prima puestas en su
delicioso cuello. ¿Has reparado bien en el cuello de
Margarita, Andrés? ¡Ah bribon! si te casas con ella,
bien puedes dar gracias á Dios que te deja regalarte
con un bocado tan exquisito.

— ¿Pero qué es lo que ha sucedido, Luis? Necesito
los detalles de lo que no he visto.

— ¿Qué ha de haber sucedido? Una desdicha causa-
da por las locuras de mi prima: como que ha pasado
toda la noche fuera de casa, y ha venido á las ocho de
la mañana.

— Y bien: sepamos lo que ha sucedido á su llegada.

— Sabes que la calma con que escuchas que Marga-
rita ha pasado la noche fuera, me hace sospechar...

— ¿De si ha pasado la noche á mi lado?

— Sí por cierto.

— Pues bien, sí.
 — ¡ Ah!
 — No, exclamé destruyendo la expresion de aquel;
 ¡ ah! Margarita ha invertido la noche en contarme su historia.
 — ¿ Y te ha contado lo del 25 de mayo?
 — Sí.
 — ¿ Y sabe ella que el asesinado era su padre?
 — No.

— Ni yo tampoco lo sabia : cuando he sabido... por tí... hace poco... que Margarita es hermana de Ines, se me crisparon los nervios por una doble razon ; porque me acordé de aquel horrible suceso que vimos juntos sin quererlo el 25 de mayo, y porque recordé mis locos amores con Ines, con su hermana. Ye se hijo que me sale de repente, y que yo ignoraba que existiese... Ya se ve, yo me vine de América á Europa cuando se vino de allá mi tío, y las perdí de vista... ¿ Y tiene mucha edad el muchacho?

— Año y medio.
 — ¿ Y se me parece?
 — Creo que sí.
 — Margarita tiene muy buen corazon, y aunque heredé á mi tío, partirá su herencia con su hermana : si eso sucede me caso con Ines.

— ¿ Desde cuándo, Luis, has descendido á la baja del cálculo? le dije hastiado ya por la charla cínica de mi amigo.

— Desde que soy pobre, Andrés ; comprendo que un hombre rico no calcule; pero un hombre pobre tiene que calcular á la fuerza.

— Sobre el cálculo están el amor y el deber.
 — ¡ El amor! ¿ crees tú que no amo yo á Ines?
 — ¡ Qué la amas y la has abandonado!
 — De miedo al matrimonio por pobre; pero la recuerdo... mas bien no la olvido : fué mi primer amor, mi amor fué el primero suyo : he sentido por ella temporadas enteras de delirio, y las siento todavía... sí... con mucha frecuencia mi corazon arde al recuerdo de Ines.

— ¡ A pesar de lo que amas ó has amado á Margarita!

— Te diré : Margarita me deslumbra, como te ha deslumbreado á tí.

— No : me ha inspirado amor.
 — ¡ Deseo!
 — Amor del alma.
 — Pues te tengo lástima.
 — ¿ Porqué?
 — Ya verás.
 — Tengo pruebas.
 — Margarita no ama.
 — Margarita es mujer.
 — Margarita está enamorada de sí misma.
 — Te engañas.
 — No la conoces.
 — Demasiado.
 — Porque te ha contado una historia.
 — Es la historia del corazon.
 — ¿ Te ha dicho lo que hizo conmigo?
 — Sí.
 — Pues lo mismo hará contigo.

Yo dejé en su error á Luis : yo no quise decirle que si Margarita le habia hecho concebir esperanzas, lo habia hecho obligada por la necesidad, por las terribles circunstancias en que se habia encontrado colocada.

CLXXII.

Por mi parte habia cambiado enteramente de opinion respecto á Luis.

Se me habia hecho antipático.
 Hasta entonces habia creído loco á Luis : no conocia los misterios de su vida.

Cuando supe que Ines era una víctima sacrificada por él ; que él se hubiera unido á ella si ella le hubiera podido llevar una gran dote con que sostener su fausto, y que su pobreza era la única razon que impedia la rehabilitacion de una pobre jóven seducida, la legitimacion de un ser inocente, Luis aumentó para mí el número de los seres miserables y egoístas capaces de todo por el dinero, y le desprecié en el fondo de mi alma.

Pero me guardé bien de darle á conocer mi desprecio. Le necesitaba, para volver á Ines si no su padre, si no su madre, la consideracion social de que era merecedora.

Quise conservar para con Luis mi influencia, porque necesitaba dar lugar por ese medio al porvenir honroso de su hijo.

Graves proyectos se revolvian en embrion en mi cabeza.

Nuestra conversacion se habia cortado, y poco despues llegamos á la fonda de las Peninsulares.

Luis se despidió de mí, bajó, se perdió en el portalon del parador de la fonda, y yo di á Pedro el número 170 de la calle de Alcalá, y partió el carruaje.

Poco despues se detuvo á la puerta del 170.
 Bajé del carruaje, entré y subí las escaleras.
 Al subir me latia fuertemente el corazon.
 Me sentia malo.

Llamé.
 Se abrió la puerta y se me presentó una preciosa doncella.

— ¿ La señorita? la dije.
 — Está en cama, caballero, me contestó.
 — ¿ Enferma?

— Ligeramente indispueta.
 — Adios : volveré.
 — ¿ El nombre, caballero?
 — No : volveré : adios.
 Y bajé tan enfermo como podia estarlo Margarita.

CLXXIII.

Al entrar en el carruaje me acordé de Ines.
 La pobre madre debia esperar mi vuelta : debia tener ansia por recibir noticias de su hijo.

Sin embargo, yo no me encontraba con fuerzas para nuevas impresiones, y mandé á Pedro que me llevase á casa.

Cuando estuve en mi gabinete escribí lo siguiente :
 « Mi queridísima amiga : nada tiene Vd. que temer por la persona á quien me ha enviado á buscar : nada la faltará, y muy pronto la verá Vd. para no separarse jamás de ella. »

Firmé esta carta, la cerré, puse en su sobre el nombre de Ines, y la envié con un criado á casa del padre Morales.

CLXXIV.

Cerré los balcones, y me acosté.
 Necesitaba la soledad, el silencio, el descanso.
 Sentia dentro de mí una vida poderosa, activa, ardiente, pero al mismo tiempo fácil, excesivamente dulce.

Podia decir que era feliz.
 Mi sed de amor se calmaba en copa de oro.
 ¡ Margarita!

Todo en ella parecia reunido por Dios, para llenar mi imaginacion soñadora.

La hermosura casi ideal, el alma apasionada, los dolores de su corazon, su historia.

Era un ser excepcional.
 El único ser que podia llenar mi fantasía.

Todo en ella me fascinaba.
 La materia y el espíritu.

Su amor, aquel amor encendido por una primera mirada, aquel amor soñado por mí, creído por mí imposible, aquel amor era verdad, y aquella verdad era mia.
 Yo me sentia engrandecido, purificado.

No os burleis de mí, vosotros los que todo lo veis á través del pálido prisma de la razon.
 Vosotros, los de alma fria que no sabeis, que no podeis pasar mas allá del límite estrecho adonde llegan las groseras materialidades.

Vosotros, hombres del tanto por ciento y de la vara de medir, seres felices que siempre encontrais un medio para llegar á vuestra realidad dorada : el oro.

Dios ha hecho al poeta.
 Dios le ha hecho soñador.
 Dios le ha hecho desear el ángel de la mujer.

Desde los desconocidos soñadores hasta Homero, desde Homero hasta el pobre niño que perdido bajo los claustros de una universidad ve á Roma poetizada detras de las páginas del *Jus romanum*, el mundo antiguo y el mundo moderno ha escuchado constantemente la armonía de los cantos del poeta, de sus cantos de sueño.

El poeta es un ser, como lo es el avaro.
 Una casta entre las castas humanas.
 Una verdad.

No os burleis pues de los sueños del poeta : por lo tanto no os burleis de mí.

Yo conozco la verdad : pero es deforme, horrible, fria, amarga, enemiga del corazon, y cierro los ojos por no verla.

A pesar de esto, la verdad me despierta á cada paso.
 Pero para consolarme de ella, tengo siempre delante de mí, poética, pura, enamorada á Margarita.

Es mi ángel.
 Me embriago á su vista, ó me aduerto en su recuerdo, y soy feliz como en el momento en que encerrado en mi alcoba, extendido en mi lecho, rodeado de tinieblas pensaba en ella.

CLXXV.

Sin embargo, la realidad enemiga, fria, desnuda, que solo deja ver arrugas y úlceras repugnantes, vino á turbar, á interrumpir el sueño de mi fantasía.

La situacion en que se encontraba Margarita era horrible.

Yo tenia las pruebas de su nacimiento, el nombre de sus padres, podia arrojarla en los brazos de su hermana.

Pero ¿ cuánto horror era necesario hacerla apurar para ello!

Al saber su origen, debia necesariamente saber que habia vivido al lado del asesino de su padre.

Lo que era mas aun : que habia visto asesinar á su padre.

Que habia contribuido á proteger la impunidad del asesino.

Y lo que colmaba de horror : que su madre adúltera habia sido amante del hombre cuyos amores habia rechazado, del hombre de quien solo la habia salvado la Providencia, procurándola extraordinarios medios de defensa.

Era necesario elegir, ó entre que Margarita ignorase siempre quién era, de dónde venia, ó entre que conociese todos aquellos horrores al conocer el nombre de sus padres.

Ella habia oido la reyerta entre don Lorenzo de Fonseca y el marqués de la Roca, que habia precedido al asesinato del primero.

Ella tenia tan presente el recuerdo de aquel suceso, tan vivo, como que la noche anterior me lo habia referido detalle por detalle.

Decirla : don Lorenzo de Fonseca era tu padre, era lo mismo que decirla : tu madre Gabriela Galvez de la Roca era la amante adúltera del marqués de la Roca.

CLXXVI.

Conservar el secreto era matar mi amor.
 Margarita me habia dicho, que jamás se expondria á que un hijo suyo la preguntase el nombre de sus abuelos maternos.

Y yo tenia tal fe en la firmeza de Margarita, que estaba seguro de que jamás consentiria en ser mia mientras ignorase el nombre de sus padres, no por sí misma, no en nombre de su orgullo, sino en nombre del legítimo orgullo de sus hijos.

Y reducirme yo á unos amores platónicos, tratándose de ella, era lo mismo que pensar en un imposible.

CLXXVII.

Habia pues bastante con la situacion en que me encontraba para aturdirme, para embrollarme, para no saber qué hacer ni qué camino tomar.

Y yendó de un pensamiento á otro, de un proyecto descabellado á otro mas descabellado aun, fatigado mi pensamiento, fatigado mi corazon de tan rudas emociones, caí en uno de esos sueños profundos en que se pierde la sensacion, que son un período durante el cual no hemos existido.

CLXXVIII.

Cuando desperté, los recuerdos de los sucesos del dia anterior se habian alejado de tal manera de mi memoria, que sin dejar de recordarlos perfectamente, me parecia que habian tenido lugar hacia un siglo.

Me dolia fuertemente la cabeza.
 Abrí las maderas de los balcones y vi que era de noche.

¿ Habria pasado la hora de mi cita con ella?
 Tiré de la campanilla y se presentó un criado con luz.

Pregunté la hora.
 Eran las siete.

— De siete á doce cinco, dije para mí : cinco horas mortales : ¿ y qué hago yo durante esas cinco horas?

Me fui á comer á la fonda.
 Invertí exprofeso hora y media en comer.
 Me fui despues al café.

Pero estaba en tal situacion de ánimo, que la insustancial conversacion de los asíduos concurrentes se me hizo insoportable.

Me fui á pasear al Prado.
 Hacia demasiado frio.

Me pronuncié en fuga y dí de nuevo conmigo en mi gabinete.
 Me aburría allí tambien.

Eran las nueve : faltaban tres horas.
 Entonces me acordé de que no habia acabado de leer las Memorias de Pablo.

De Moene-Dilolo, porque no tenia duda de que el señor del lago y Pablo eran una misma cosa.
 Abrí mi buró, y saqué de un escondite las Memorias.

Con ellas salió el hermoso rizo rubio de Margarita.
 Le besé con no sé qué delicia, le guardé de nuevo, y despues avivé el fuego de la chimenea, acerqué el velador donde estaba el quinqué, y busqué en las Memorias el lugar en que habia interrumpido la lectura.

Continuaba asi :

CLXXIX.

Era demasiado grave la noticia de una quiebra que me reducía á la pobreza, para que yo no me apresurase á presentarme casa del comerciante quebrado, y procurar salvar de cualquier modo algunos restos del naufragio.

Pero solo encontré dos mujeres.
 El hombre contra quien yo podia reclamar habia desaparecido, y nada absolutamente se sabia de él.

Era en toda la extension de la frase una desaparicion. Las mas cuidadosas pesquisas de la policia, estimulada por los acreedores, nada habian logrado descubrir.

Se llegó hasta suponer que para evitar la vergüenza hubiese recurrido al suicidio, y se le buscó en un profundo pozo que habia en la casa.

Solo se encontró cieno.
 La policia se dió por vencida, y los acreedores hubieron de contentarse con un tres por ciento de su capital perdido, que fué lo único que pudo realizarse, acumulando la venta de algunas pertenencias del don Lorenzo á los valores que se habian encontrado en caja y en cartera.

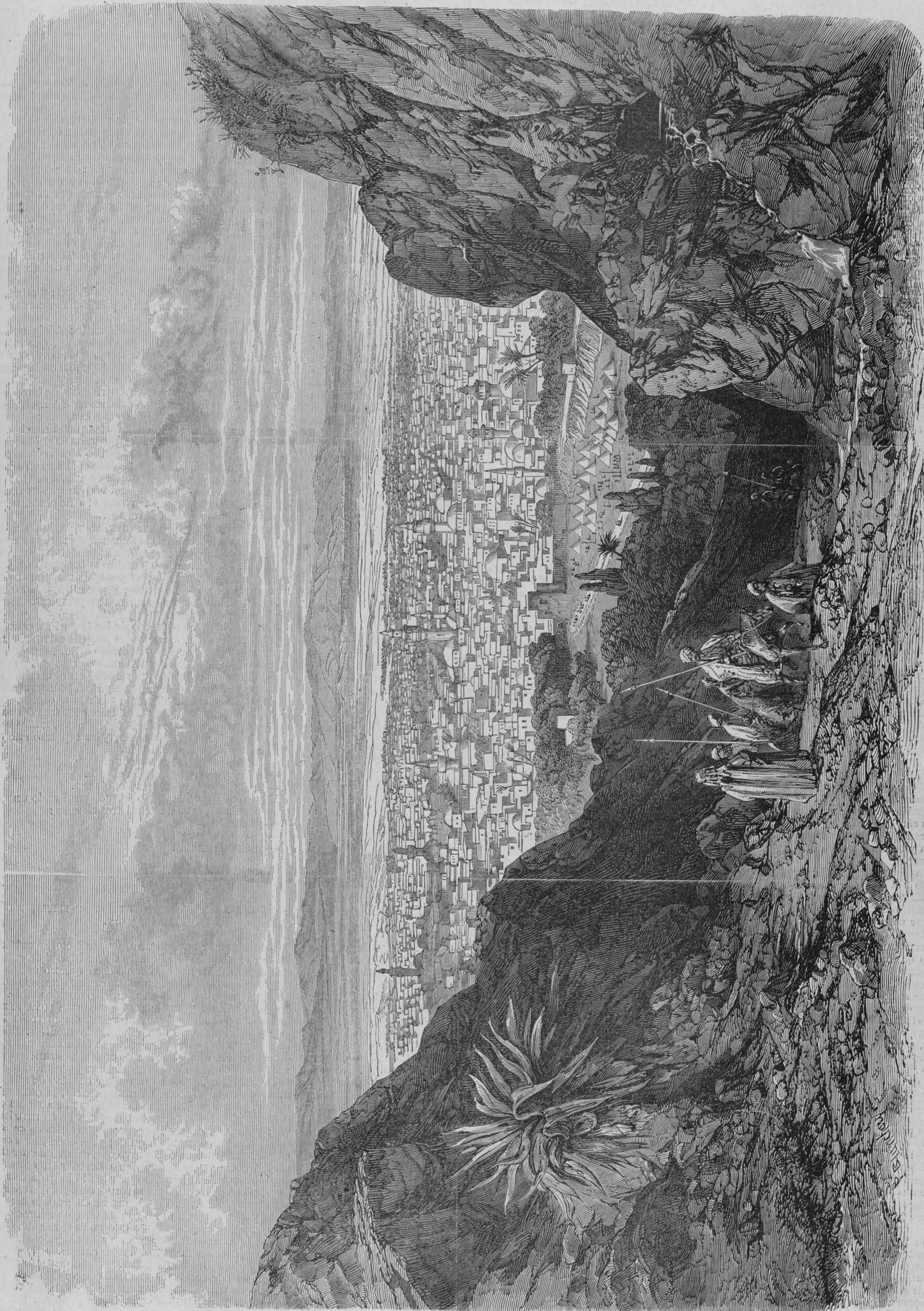
Yo percibí cuatro mil quinientos pesos, tres por ciento de mi dinero impuesto en poder de don Lorenzo.
 Cuatro mil quinientos pesos eran nada.

Podia, es cierto, fletar un buque y volver al Senegal á las orillas de mi lago y optar entre quedarme allí, arrojando de mi antiguo hogar al que encontrase en él, ó arrastrar conmigo algunos cientos de mis hermanos para venderlos en América.

(Se continuará.)



LA CIUDAD DE BEYRUTH.



LA CIUDAD DE DAMASCO.

1853

P. Bellon

(Revista de Paris.)

Ya se están formando las compañías de ópera italiana que han de actuar en la próxima temporada en los principales teatros de la Europa. La compañía de París constará con pocas diferencias de los artistas que hace años no abandonan esta capital, los parisienses tendrán este invierno á su tenor favorito el señor Mario. Por todas partes se quejan de la escasez de cantantes italianos, y sin embargo, según un recuento hecho últimamente por un diario de París, existen nada menos que 3,400 artistas, de ellos 1,730 dedicados al canto, y 1,670 al baile.

El estado es bastante curioso: según él se cuentan: — prime *donne* *assoloute* 410; — tenores, 330; — baritonos, 280; — bajos, 160; — bufos, 50; — papeles secundarios, 300. — Lo que forma un total de 1,730 cantantes.

En cuanto al baile, se incluyen en la suma indicada mas arriba 290 artistas de ambos sexos de origen francés.

Escriben de Londres que se está organizando allí un gran concierto á beneficio de la viuda Julien, el famoso director de orquesta que tiene tanta nombradía en la Gran Bretaña, el cual ha de tener lugar en el jardín de Surrey. Los propietarios de este vasto salon, uno de los mas grandes de Europa, pues tiene capacidad para 12,000 personas, le han puesto gratuitamente á la disposición de la viuda del ilustre y llorado artista.

Los músicos mas eminentes de Inglaterra, cantantes é instrumentistas, la orquesta de Covent-Garden y la de Her-Majesty's, han ofrecido tambien su concurso gratuito. El ejército suministrará tambien su contingente; cuatro bandas de música de la guardia real ejecutarán el famoso rigodon dedicado al ejército inglés que valió á Julien una popularidad inmensa. Además, la orquesta tocará varias de las últimas obras del célebre compositor, entre otras un wals que terminó algunos dias antes de su muerte.

Finalmente, la sociedad coral de Londres que cuenta doscientos ejecutantes, bajo la dirección de M. J. Benedict, tomará parte en esta solemnidad musical que llama altamente en el dia la atención del público de Londres.

Ya que hemos hecho esta excursión á la capital de Inglaterra, queremos hablar á nuestros lectores de una apuesta que ha tenido lugar allí, y que puede ser considerada como una de las mas extravagantes que se han visto.

Un miembro de uno de los casinos de Londres apostó á que se fumaría ochenta y seis cigarros regalías en doce horas.

La apuesta se efectuó en uno de los vapores que hacen el servicio entre Londres y Chelsen. El fumador encendió su primer cigarro á las diez, y á las siete concluyó el último, habiendo gastado nueve horas en vez de doce. Fumó la cantidad mas crecida de cigarros en la segunda hora, no tomando en todo ese tiempo mas que un bocado de carnero y medio litro de agua con aguardiente que se bebió en diferentes veces.

La crónica de París abunda poco en sucesos esta semana. Felizmente podemos apelar al recurso de los diarios judiciales que á menudo presentan materia entretenida y curiosa.

El lance que hoy vamos á contar prueba que la raza de los hipócritas existe aun, y que hay caballeros de industria que hasta se dan apariencias religiosas para hacer víctimas.

Dias pasados se presentó ante el tribunal de la sexta sala un hombre que ha ocupado una posición honrosa, que ha perdido por su mala conducta, y que con capa de religion se captaba la confianza de las personas á quienes se proponía engañar.

Emilio Billon (tal es su nombre), de edad de cuarenta y dos años, ex-capitan de artillería de marina, y en situación de reemplazo por medida de disciplina, estaba acusado de estafa y de uso ilegal de la condecoración de la Legion de Honor.

La declaración del señor presbítero Dubois, sacerdote agregado á la iglesia de Santa Clotilde, da á conocer los hechos.

«El 2 de junio, dice el sacerdote, me hallaba yo en mi confesionario á eso de las siete y media de la tarde, cuando vi llegar un caballero bien vestido y adornado con la cinta de la Legion de Honor. Despues de haberle oido, sali del confesionario para ir á la sacristía, y entonces llegándose á mí me dijo que habia estudiado en la Escuela politécnica, que era capitan de artillería, pero que estaba á media paga porque desgraciadamente no disfrutaba de ningun favor, aunque hubiese hecho las guerras de Africa y de Crimea; que sin embargo contaba con ser colocado el 1º de julio en el Arsenal ó en el Museo de artillería. Añadió que habiendo sufrido una larga y penosa enfermedad, habia agotado todos sus recursos, que no habia probado un bocado hacia mas de doce horas, y que estaba á punto de caer desfallecido.

Viéndole condecorado y hallando en esto un motivo para no dudar de su lealtad, creí lo que me decia, y le ofrecí en socorro sesenta francos que llevaba conmigo. Los aceptó, exclamando que los tomaba solo á título de préstamo, y que se apresuraría á devolvérmelos así que cobrara 4,000 francos que le tocaban de la herencia de un tío suyo.

Al siguiente dia recibí una carta de él en la que me anunciaba su visita; pero en vano le esperé: lo que hizo fué escribirme pretextando la enfermedad de que se resentía aun. Pasé á verle y le puse en la mano veinte francos; por último, la suma llegó en breve á ciento sesenta francos, y no habria parado aquí si una circunstancia fortuita no hubiera venido á revelarme que semejante hombre era un estafador de los mas atrevidos.

El 7 de julio acababa de darle cinco francos y estaba hablando con él junto á la verja de Santa Clotilde, cuando de repente vi que muy turbado bajó su sombrero sobre sus ojos y luego desapareció sin despedirse de mí. En el mismo instante se acercó M. Janhay, vicario de Santa Clotilde, quien me preguntó si conocia yo bien al hombre con quien acababa de hablar.

A mi respuesta afirmativa repuso que sin duda me engañaba, y que seguramente era victima como él de un estafador, que con la apariencia de hombre muy devoto y usurpando cualidades que no debian pertenecerle, habia conseguido sacarle dinero; que habia hecho lo mismo con otro amigo suyo á quien habia hablado tambien de desgracias fingidas.

Aunque bien convencido por esta revelación de que habia sido engañado, no dejé de ir al ministerio de la Guerra á pedir informes.»

Estos no podian ser favorables á Emilio Billon; ya hemos dicho que estaba en situación de reemplazo por medida de disciplina.

De todos modos sabia fingir con tanta perfección, y desempeñaba su papel con tal habilidad, que ha podido engañar sucesivamente á varios eclesiásticos.

Hablaba y escribia con la misma uncion. «He contraído con vos, escribia al abate Dubois, una deuda que no se puede pagar con oro.» Y luego hablaba de religion con la hipocresía mas señalada.

Ante el tribunal se defendió alegando que habia tomado prestado, y que pensaba reintegrar á todos.

Negaba el uso ilegal de la cinta de la Legion de Honor; pero ha habido testigos que le han visto, y además se halló en su bolsillo la cinta cuando su arresto.

El tribunal condenó á Emilio Billon á trece meses de cárcel y cincuenta francos de multa.

En la semana última ha recaído sentencia en la causa formada á consecuencia del robo hecho á M. Fontana, consistente en un valor de 250,000 francos en diamantes, esmeraldas y zafiros. Ya hemos enterado á nuestros lectores de las circunstancias que acompañaron á este robo: dos grupos de personas entraron en la platería, y mientras los hombres llamaban la atención de los señores Fontana regateando relojes y anteojos, dos de las mujeres se apoderaron del estuche que contenia las piedras preciosas, levantando el cristal de la muestra donde se hallan expuestas al público las principales joyas de la casa.

Cuatro eran los acusados: 1º un americano que se da el nombre de Allen, aunque en la instruccion se ha descubierto que es un nombre falso; — 2º Rosina Nathan; — 3º James Coffey; — y 4º Emma Shelly; estos dos últimos ausentes y condenados en Londres el 12 de junio el primero á diez años de presidio, y la segunda á cuatro años de la misma pena por delitos cometidos posteriormente. Otras dos mujeres se hallaban tambien en la platería cuando se cometió el robo, pero no ha sido posible descubrir sus huellas.

Los acusados presentes niegan toda participacion en aquel acto; Rosina Nathan fué presa en Paris y reconocida al punto por M. Fontana; Allen lo fué en Lyon de resultas de haber buscado en una platería una balanza de las que sirven para pesar piedras preciosas.

Los antecedentes de los acusados son fatales; ambos han pasado su vida en las cárceles y en los presidios por delitos cometidos en Francia y en Inglaterra; Allen se escapó últimamente de la casa de detención de Pontonville.

No se encontró sobre ellos nada de lo sustraído en casa de M. Fontana; Rosina Nathan tenia únicamente 700 francos en oro ocultos en sus ropas, y Allen solo poseia una suma de 31 fr. 50 c. cuando su arresto en Lyon.

Rosina Nathan ha sido absuelta por el jurado, y Allen ha sido condenado á diez años de reclusion.

MARIANO URRABIETA.

Estudios de costumbres.

TRES ERAN TRES LAS HIJAS DE ELENA.

I

DONDE SE EXPLICA QUIÉNES ERAN LAS HIJAS DE ELENA Y LO QUE QUERIAN.

- ¡Yo quiero ser marquesa!
- ¡Yo mujer de un banquero!
- ¡Y yo quiero ser cantatriz!

La primera hizo un saludo orgulloso con la cabeza; la segunda se sonrió con satisfacción, y la tercera acompañó sus palabras de una escala aguda, ejecutada con bastante facilidad y buen gusto.

Las tres jóvenes á quienes va á conocer el lector, eran muy lindas, pero de un género de belleza enteramente distinto. La mayor, la primera que habia hablado, pues lo habian hecho por orden de edad, alta, morena, de ojos negros, de talle elegante, de voz grave, solemne é imperiosa, se llamaba Clotilde; la segunda, rubia, sonrosada, pequeña, y un poco obesa á pesar de sus diez y seis años, respondia al nombre de Adela; y la tercera, que contaba apenas tres lustros, ofrecia el conjunto de las opuestas cualidades de sus hermanas. Alta y delgada, como Clotilde, tenia el cutis nacarado y el cabello rubio, como Adela; los ojos negros y la mirada ardiente de la una; la dulce sonrisa y el acento simpático de la otra. Poseia además una dentadura magnífica, que asomaba dentro de una boca pequeña y graciosa. Así, muchos atribuian su eterna sonrisa al deseo de lucir aquellas que perlas suelen llamar los poetas y los enamorados, con menor razon sin duda que podriamos hacerlo nosotros aplicándolo á Rosa.

Porque Rosa era el nombre de aquel fresco y puro capullo, apenas entreabierto á los huracanes de la vida. Cuando Rosa no cantaba, reia; cuando no reia, cantaba; cuando ni cantaba ni reia, dormia, y los ángeles velaban su reposo, ó la enviaban gratos ensueños, que la hacian sonreír durmiendo.

Dotada de una facilidad extraordinaria para la música, de un órgano de prodigiosa extension y fuerza,

desde su infancia casi se habia dedicado á cultivar y desarrollar sus privilegiadas facultades. Esto no impedía que la graciosa niña fuese igualmente hábil para todas las labores propias de su sexo; bordaba y cosía con singular primor; hacia dulces y compotas como la monja mas experimentada, y sabia un poquito de cocina, obedeciendo aquella máxima que dice: «En el mundo es menester saber de todo.» Sin embargo, Rosa ignoraba completamente una cosa á los quince años: ¡lo que es amor!

Y no porque sus hermanas no pudieran darle útiles lecciones en el particular. Clotilde habia escuchado y despreciado ya, con un desden que no sentaria mal en una reina, cuando no en una futura marquesa, hasta cinco declaraciones amorosas, hechas: la primera por un alférez de infantería; la segunda por un meritorio de cierta oficina de hacienda; la tercera por un juez de primera instancia cesante; la cuarta por un estudiante en leyes; la quinta por un pasante de procurador. Pero como Clotilde queria á toda costa ser marquesa, no se habia dejado seducir ni por el uniforme del militar, ni por las esperanzas del oficinista, ni por los méritos y servicios del cesante, ni por la elocuencia del abogado, ni en fin por los procesos del curial.

— ¡Seré marquesa! se decia á todas horas; y esta idea fija la perseguía á todas partes y la hallaba escrita en todos los sitios.

En cuanto á Adela, ya era diferente; Adela amaba interinamente á un poetilla de veinte años, que la hablaba sin cesar del sol, de la luna, de las flores, de los insectos y de los reptiles; que hacia versos con la misma facilidad que un niño pompas de jabon; y por último, que *aliquando* publicaba en los periódicos de tercer orden composiciones lacrimosas dedicadas á A... velo bastante trasparente debajo del cual cualquiera leia el nombre de Adela. ¡Cosa extraña! Aquella muchacha, que estaba por lo positivo, que aspiraba á ser *banquera*, se contentaba por el momento con lo ideal, con la poesía, aguardando á que se presentase el Mesias esperado, y diciendo para su corsé, porque no usaba colete: «A falta de pan, buenas son tortas.» O lo que es igual: «¡A falta de oro, buenos son versos!» No obstante, las tortas alimentan; pero los versos...

Hallábanse las tres hermanas sentadas junto á una reja que daba á la calle de la Encomienda; allí la mayor, la marquesa *in partibus*, zurcía humildemente una camisola de su padre; la segunda, la *banquera in fieri*, recosía unos calcetines por cuyos agujeros asomaba con frecuencia su torneada mano; y por último, la menor, la cantatriz en ciernes, remendaba prosáicamente un vestido de percal azul.

Mientras el gracioso grupo de las tres niñas cantaba, reia y embromaba, otros tantos jóvenes arrimados á la reja, y ocultos por la protectora cortina, escuchaban atentamente sus palabras. Al cabo de un rato, y cuando el silencio profundo que reinaba en el aposento les hizo conocer que Clotilde, Adela y Rosa habian abandonado su labor, probablemente para ir á comer, pues eran las cuatro de la tarde, entonces los tres desconocidos se apartaron de la reja sonriéndose, anduvieron algunos pasos hablando quedo, y se separaron al fin, echando cada cual por su lado.

- Adios, marqués, dijo el uno.
- Adios, banquero, añadió el otro.
- Adios, maestro, exclamó el último.

Y haciéndose un burlesco saludo, y soltando una sonora careajada, añadieron los tres en coro:

- ¡Hasta la noche!
- ¡Hasta la noche!
- ¡Hasta la noche!

II.

QUIÉN ERA LA MADRE DE LAS HIJAS DE ELENA, Y CÓMO SE LLAMABA.

Naturalmente supondrán nuestros lectores cuál debia ser el nombre de la madre de las hijas de Elena, al que acompañaba un inevitable *don*, que no omitia en ninguna circunstancia, como todo aquel que se lo apropia sin tenerlo ó que lo ha adquirido un poco tarde. En sus juventudes, y nadie sospechaba que DOÑA ELENA hubiera sido nunca joven, la venerable matrona fué, según pública fama, una oficiala de modista, linda, traviesa y vivaracha, á quien no le faltaron amantes á docenas; pero ella, si habia de creérsele, era irreprensible en el capítulo de las costumbres; y nunca, lo que se llama nunca, autorizó la menor libertad de sus innumerables adoradores. La maledicencia, la calumnia, porque ¿á quién perdona la calumnia? la atribuía dos ó tres amistades sospechosas, despues de su matrimonio; y no faltaba quien asegurase que antes de consumado este habia nacido Clotilde; pero doña Elena contaba á todo el mundo cómo tuvo que casarse *de occultis* por miedo á un tío al que debia heredar su esposo, y cómo hasta que al bendito señor le dió la gana de morir, no se pudo publicar el consorcio á los dos años de verificado. Era doña Elena, mujer de grande desparpajo, y que suplia á lo que le faltaba de educacion y de principios, con cierta cosa que no es el talento, aunque se le parece mucho; y que no habiéndole encontrado calificación mejor, se llama *chispa*. Además, la buena señora hablaba mucho, y sabido es que la locuacidad suele pasar por ingenio, como la reserva y el silencio se traducen generalmente por estupidez. Así, los amigos y amigas de doña Elena la tenian por un grande hombre, y no se tome esto á *lapsus*, del mismo

modo que tenían á su esposo por una gran mujer. Y á fe que en ninguna de las dos cosas les faltaba razón ni causa.

Descrita la parte moral, ó casi moral de este individuo, describamos ya su forma física. Figúrese el lector una bola humana, con una cabeza pequeña sobre un cuerpo enorme; con unos ojillos pardos y relucientes enterrados entre dos promontorios de carne, muy semejantes á megillas; con un vientre saliente, aunque no tanto como su vecino el pecho; con una boca grande y bien hecha, donde aun asomaban magníficos dientes, y en fin, con un pié ancho y largo, digno sosten de aquella mole; figúrese todo esto el lector, repetimos, y tendrá la *vera efigies* de doña Elena.

Pero nada perjudicaba la obesidad de esta á su viveza y actividad notorias; á las veces diríase que rodaba en vez de andar; tanto eran rápido su paso y uniformes sus movimientos. Asimismo parecía dotada de la omnipresencia, pues tan pronto se la veía en la cocina riñendo á la criada, como se la encontraba en el gabinete haciendo calceta, ó en el cuarto de los conyuges; ella mandaba como una reina, y él obedecía como un esclavo. Así no había nunca disputas ni disensiones, y era aquel un matrimonio ejemplar.

Después de haber pintado á la madre y á las hijas, ¿pintaremos también al marido y al padre? ¿Para qué? ¿No le hemos descrito al describir á aquellas? ¿No imagina ya el lector en don Ruperto uno de esos hombres tímidos y timoratos; inofensivos é insignificantes; sin carácter y sin fisonomía; sin belleza y sin fealdad, á quienes todos llamamos *beneditos*? Pues hé ahí lo que era don Ruperto: un alma de Dios, según decían sus amigos; un alma de cántaro, según le llamaban sus enemigos: porque don Ruperto los tenía; ¿quién no los tiene en este pícaro mundo? Los de don Ruperto eran, en primer lugar, su mujer, y después los que envidiaban su modesta posición y su *dolce far niente*.

Don Ruperto, rico propietario de Lebrija ha veinte años, donde poseía otros tantos miles de reales de renta, sin perder nada de su fortuna llegó á ser casi pobre en Madrid. Las necesidades de la corte, las de cuatro mujeres con sus exigencias de lujo y de miriñaque, habían convertido la riqueza del de Lebrija en una medianía muy mediana. Con mil duros anuales se vivía hace medio siglo en Madrid magníficamente; con mil duros ahora se vive en un cuarto bajo de la calle de la Encomienda y sujeto á la más sórdida economía.

Pequeño, enjuto, amarillento, silencioso, don Ruperto era la antítesis más completa de doña Elena, á la cual quería y respetaba sobre todas las cosas del mundo. Cuando ella le reñía, y le reñía á menudo, el pobre lloraba de pena; cuando alguna vez, alguna rara vez, su mujer le hacía una caroca, don Ruperto lloraba de gozo; de modo que bien podemos decir que el infeliz pasaba la vida entre lágrimas. Y sin embargo, si hubiesen venido á proponerle que cambiase de existencia, esto es, de yugo, de tirano, porque antes como don Ruperto han nacido para ser siempre esclavos, él se habría negado heroicamente. Así pues vivía dichoso en medio de su infelicidad, y no habría trocado su suerte por la del primer monarca de la tierra.

III.

UNA SOCIEDAD DE MEDIO CARACTER.

La noche del día en que hemos dado comienzo á nuestra historia, recibía doña Elena.

Doña Elena se había permitido este lujo con dos objetos distintos.

Primero: realzar su posición social.

Segundo: ver si casaba bien y pronto á las niñas.

Los jueves pues abría la ex-modista su salón, como ella misma decía enfáticamente, á sus numerosos amigos.

Pero como puede suponerse, la que se reunía allí no era la flor y la nata de la sociedad madrileña.

Por el contrario, más bien podía pasar por lo que Alejandro Dumas ha llamado de un modo gráfico *le demi monde*.

Así, los bailes de doña Elena, muy concurridos y alegres por otra parte, pertenecían á la esfera de los conocidos por *de medio pelo*, aunque lo tengan muy bueno la mayoría de cuantos á ellos asisten.

Las familias de un procurador y de un escribano; una brigadiera viuda, cuyo esposo no había conocido ninguno de los que á ella la conocían; la mujer y las hijas de los abogados sin pleitos; la cuñada de un comandante retirado; la prima de un propietario de Lebrija, y los ó tres viudas más ó menos consoladas; hé aquí los personajes principales del círculo que inevitablemente se juntaba cada jueves en *el salón* de doña Elena.

Pero el local, al que se daba ambiciosa y fastuosamente este nombre, no merecía por sus proporciones exigüas y por su decoración modesta sino el de sala. Sus estrechos y pelados ladrillos; sus paredes, no cubiertas de papel, sino pintadas al temple de un color amarillo rabioso; sus ventanas huérfanas de colgaduras; su sillaría de nogal con asientos de paja blanca; su consola llena de churriguerecas incrustaciones, todo, todo respiraba medianía y antigüedad. El resto correspondía á lo que hemos descrito: una vieja lámpara solar colocada sobre la mesa, dos bugias de la Aurora encendidas en el piano, iluminaban escasamente la estancia. Piano hemos dicho, y hubiéramos debido

escribir clave, porque más se acercaba á este que á aquel el discorde y desahinado instrumento, pulsado por diferentes y no muy hábiles manos; que se relevaban sucesivamente para hacer una cosa muy parecida á música, á cuyo compás bailoteaban hasta rendirse sobre tres docenas de pollos de ambos sexos.

Cuando su sed era mucha, salían todos en tropel al recibimiento, y se lanzaban como leones al *buffet*, el cual se componía de una docena de vasos de agua y media libra de pequeños azucarillos: estos solían acabarse á la hora de principiarse el sarao; en cuanto al líquido en que se mojaban, no hubo ejemplo de que se agotase nunca, porque los jueves el aguador de doña Elena traía una cuba más de agua. De modo que entre este gasto extraordinario, el de los esponjados y el de las dos bugias, puede calcularse que cada *soirée* le salía á los dueños de la casa en unos seis reales; sin contar, por supuesto, los vestidos de la mamá y de las hijas, que aunque sencillos, costaban algo más.

En todo el barrio á que la calle de la Encomienda pertenece, tenían mucha reputación los bailes de doña Elena, porque el nombre de don Ruperto no sonaba nunca para nada, y muchos creían viuda á su mujer. La amabilidad de esta, su franqueza, lo bien que recibía á sus presentados, la gracia y la belleza de Clotilde, Adela y Rosa, eran los principales atractivos de aquellas reuniones; siendo sus defectos la estrechez del local, el polvo de ladrillo que se tragaba allí en el verano, y la incomodidad de la estera, sobre la cual se bailaba en invierno; temas de eternas lamentaciones para las madres y esposos, quienes se quejaban amargamente de que los vestidos se ensuciaban y los zapatos se rompiesen en cada una de las dos estaciones.

A las nueve de la noche había gente ya en el *salón* de doña Elena, y á la una solía haberla todavía. Durante esas cuatro horas mortales, se polkaba y se walsaba sin tregua ni descanso; se jugaba en el gabinete un montecito de cuartos, que á veces llegaba hasta pesetas, pero nunca á duros; y en fin, se amaba y se coqueteaba á mas y mejor. Cada muchacha, aun las feas, tenía su novio; algunas contaban hasta dos; las menos eran dueñas de tres. — Por supuesto las señoritas de la casa se veían rodeadas de una corte de adoradores, lo uno por aquel motivo, y lo otro porque realmente eran las más lindas de la reunión. Pero dos de ellas, aguardando al Mesías esperado, aspiraban con deleite el humo del incienso que ardía en sus aras, y no correspondían á las pasiones que inspiraban; Clotilde porque no se había presentado el marqués apetecido; Rosa, porque su corazón puro é inocente no había comenzado á palpar á impulsos del amor.

La noche de que tratamos, en mitad de una redowa sonó fuertemente la campanilla de afuera, abrióse con no menos estrépito la puerta de la sala, y aparecieron, entre la sorpresa de los circunstantes, tres caballeros vestidos de rigorosa etiqueta, sin olvidar la simbólica corbata blanca. El primero era el maestro de música de Rosita, que adelantándose hácia doña Elena, quien se había apresurado á salir á su encuentro, la dijo con voz sonora y solemne, que fué perfectamente oída de todos:

— Tengo el gusto de presentar á Vd. al señor marqués de Campo-blanco, rico propietario de Jerez; y al señor don Luis de Figueroa, uno de los primeros banqueros de Cádiz...

Al escuchar estas palabras, la jóven que estaba al piano dejó de tocar, y los bailarines de bailar, y hubo algunos instantes de asombro, de curiosidad y de silencio.

— Querido maestro, contestó doña Elena rompiendo al fin aquel, agradezco á Vd. en el alma que nos proporcione ocasión de conocer y tratar á estos señores, los cuales saben que están en su casa y que pueden venir á ella cuando gusten.

Los dos jóvenes, porque ambos lo eran, de buena figura y elegantes hicieron un gracioso saludo á la mamá y se dirigieron á hablar á las niñas.

— ¡El que me siguió el otro día desde San Cayetano á casa! — murmuró Clotilde al oído de Adela.

— ¡El que me miraba tanto todas las tardes en el Prado! — dijo esta á aquella por vía de contestación.

— ¡Y yo que le puse tan mala cara! añadió Clotilde.

— ¡Y yo que volvía siempre la cabeza á otro lado! repuso Adela.

— ¡Un marqués!

— ¡Un banquero!

— Es menester remediar lo hecho; pensaron las dos á la vez.

La proximidad de entrambos personajes vino á interrumpir estas réplicas y estas reflexiones.

— Señorita, dijo el marqués con acento insinuante, ¿querrá Vd. concederme la primera polka?

Clotilde tenía comprometidas todas las que podían bailarse hasta el fin, pero no vaciló en responder:

— Con mucho gusto, señor marqués.

Al propio tiempo don Luis de Figueroa dirigía igual pregunta y recibía igual respuesta de Adela.

Mientras tanto, reinaba en la sala una emoción difícil de describir: los pollos dirigían miradas envidiosas á los dos brillantes individuos que habían venido á sonrojarlos y á eclipsarlos: la mayoría de ellos estaba de levita y de pantalón claro, y los otros ostentaban ricos trajes negros de Ambrosio Fernandez ó de Carvajal; cadenas de oro verdadero y botones de diamantes no imitados. Las jóvenes no contemplaban con menos envidia á Clotilde y á Adela acogiendo los homenajes de un marqués y de un millonario, después de tener el

honor de recibirlos en su casa. Dos ó tres de los primeros se esquivaron bonitamente y fueron á prenderse atrás con un alfiler los faldones de la levita para que pareciese frac; dos ó tres de las segundas pretextaron una jaqueca repentina para ir á desahogar lejos de allí su ira y su despecho.

Doña Elena, pasado el primer momento de estupor, no vaciló en tomar una resolución heroica: corrió á la mesa de juego, donde su marido estaba loco de júbilo porque acababa de ganar dos reales, y le dijo con el tono imperioso que le era habitual y que don Ruperto conocía tan bien:

— Vé corriendo al café de la plazuela del Progreso y tráete media docena de mozos con todos los sorbetes y bebidas que tengan.

Don Ruperto abrió los ojos cuanto pudo, pero no la boca para pronunciar siquiera una palabra, y se puso en seguida en pié.

— ¿No sabes?... añadió su consorte encantada de su docilidad y de lo que ocurría. — Tenemos en casa un marqués riquísimo y un banquero millonario, y es menester obsequiarles...

— ¡Perfectamente! repuso don Ruperto no menos extasiado de la benevolencia que le demostraba doña Elena. Así como así, ¡mira lo que he ganado!

— ¡Y el angelical esposo le enseñaba sus dos reales!

— Es menester quedar con honra, continuó la ex-modista rápidamente. No repares en el gasto; trae bizcochos y barquillos del café, y de la confitería inmediata cuatro libras de dulces de los mejores.

Don Ruperto, que era goloso, y esperaba le tocara algo del festín, partió como un rehilete.

PEDRO FERNANDEZ.

(Se continuará.)

Expedición de China.

De diferentes correspondencias francesas tomamos los siguientes párrafos que servirán de explicación á nuestros dibujos:

«Shang-hai 14 de mayo de 1860.

«Adjunto va un apunte del fuerte de *Joss-hill* que defiende la rada de la isla de Chusan, cuya toma de posesión por los aliados tuvo efecto el 21 de abril último. Mas abajo del fuerte, á la derecha y á la izquierda, se distinguen los arrabales de la ciudad de *Ting-hai*, capital de la isla, situada á un kilómetro detrás del fuerte, con recinto continuo y torreones. Tiene 30,000 almas. Los franceses y los ingleses se hallan establecidos en pagodas en *el fuerte de Joss-hill*, en una posición exterior que domina á la ciudad. — El general de Montauban llegó con su estado mayor el 8 de mayo á *Chusan* para organizar la administración de la isla, de acuerdo con los ingleses y las autoridades chinas. — Los comisarios ingleses y franceses tienen una policía que asegura la tranquilidad. Las tropas continúan llegando en el mejor estado de salud; en cuanto lleguen al número suficiente, marcharán á *Tchi-fu*, en el golfo de *Petcheli*, á veinte y cuatro horas del teatro de las operaciones. — Continuaré mis noticias. — A. D.»

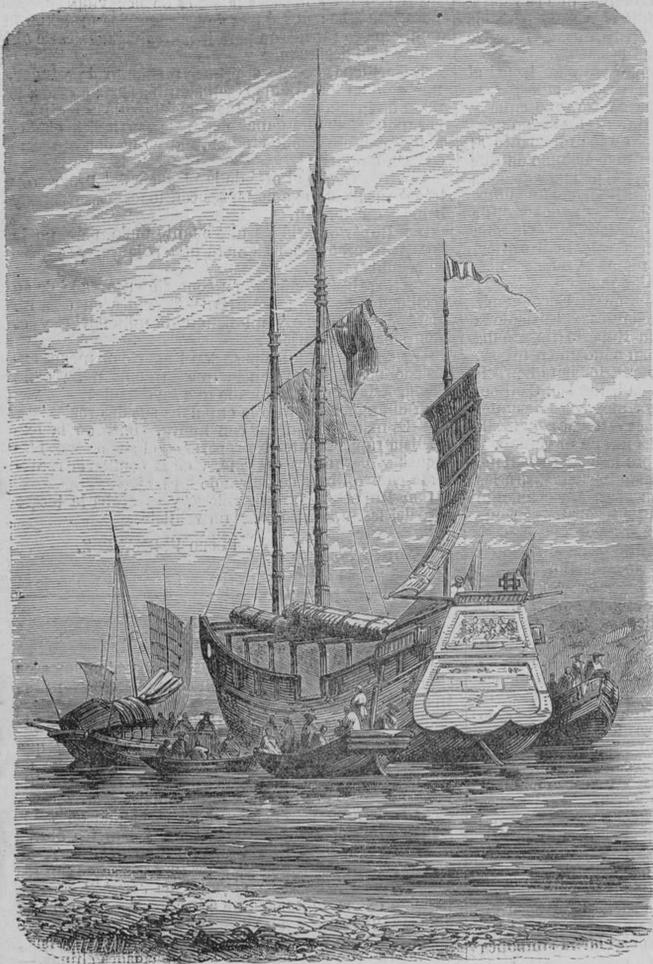
«Ting-hai 10 de mayo de 1860.

«Acompañan dos vistas de *Ting-hai* adonde llegamos el 21 de abril por la mañana (200 hombres de infantería de marina, procedentes de Canton, al mando del teniente coronel Despallieres). Los chinos no se opusieron al desembarco. A la otra mañana tuvo lugar en la ciudadela la ceremonia de las banderas, que se enarbolaron sobre dos palos plantados á toda prisa. Esto representa uno de mis dibujos. La vista está tomada de la fortificación del primer término; desde ese punto la ciudadela no tiene nada de dominante. El país está casi enteramente cubierto de agua, arrozales, etc. Los caminos son calzados; las casas aisladas en medio de grupos de árboles forman como otros tantos oasis en la llanura. La ciudad, situada á cierta distancia del mar, está rodeada de fortificaciones. — Pronto enviaré la vista general de la ciudad y puntos de vista particulares de los monumentos, puertas, pagodas, etc. — P. L. F.»

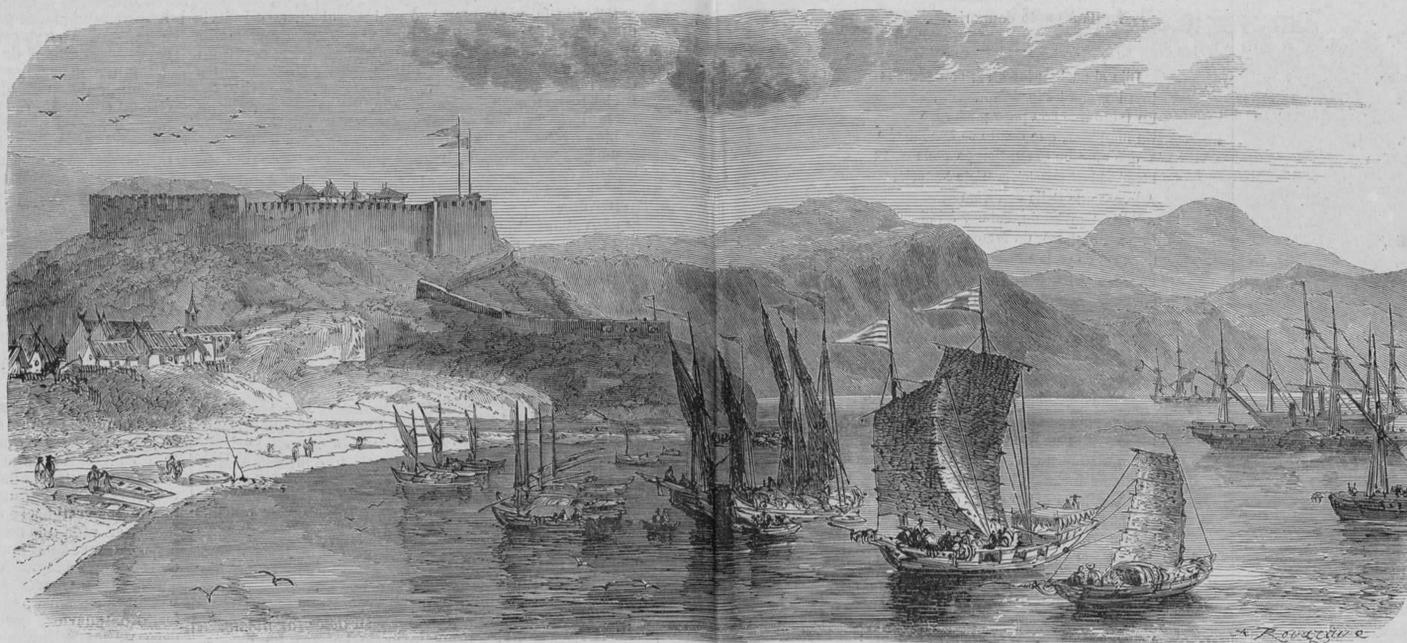
«Shang-hai 7 de mayo de 1860.

«Mis dos dibujos representan el uno la ciudadela de *Ting-hai* y el otro una pagoda ocupada en la ciudad de *Ting-hai* por la artillería inglesa. La primera operación de los ejércitos aliados en China ha sido apoderarse de las islas *Chusan*, situadas en la costa de China á través de la embocadura del río de *Wing-po*, á fin de establecer cuarteles y depósitos para las tropas, un punto de parada y abastecimiento para los buques que van de *Hong-Kong* al *Pet-che-li*. Las islas *Chusan* fueron ocupadas el 21 de abril; la ciudad de *Ting-hai* se rindió sin resistencia al general *Hop Grant* y á los contra-almirantes *Page* y *Jones*. La ciudadela de *Ting-hai*, que defiende el puerto de la ciudad, ofrece á los que llegan á la rada un golpe de vista pintoresco. Desde el 21 de abril ondean allí las banderas de Francia y de Inglaterra. La ciudad ocupada por las tropas aliadas encierra varias pagodas de un aspecto bastante original. — Uno de mis dibujos representa una de estas pagodas situada en medio de estanques, ó mejor dicho, de huertas inundadas cerca de los muros de la ciudad, en el interior del recinto, y ocupada por la artillería inglesa. A la derecha se distingue la puerta Este de la ciudad; á la izquierda un antiguo torreón que domina los tejados de las casas que se ven detrás de los pantanos. — A. C.»

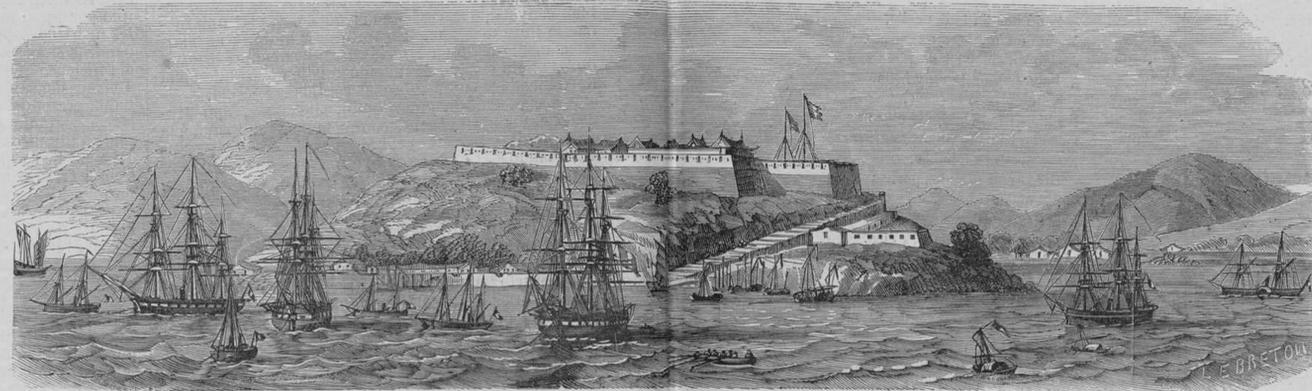
EXPEDICION DE CHINA.



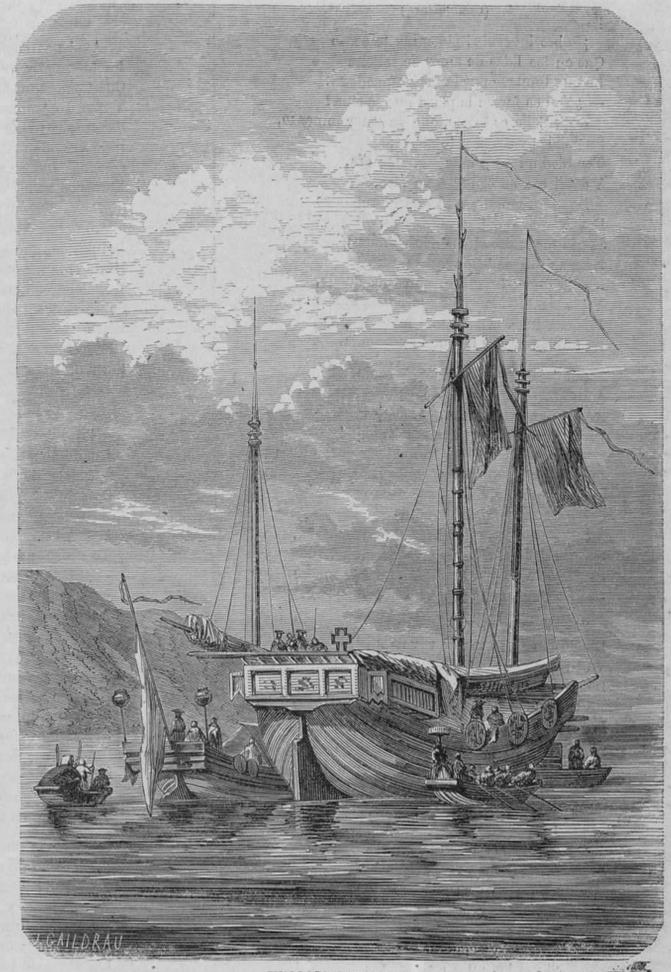
JUNCO DE COMERCIO.



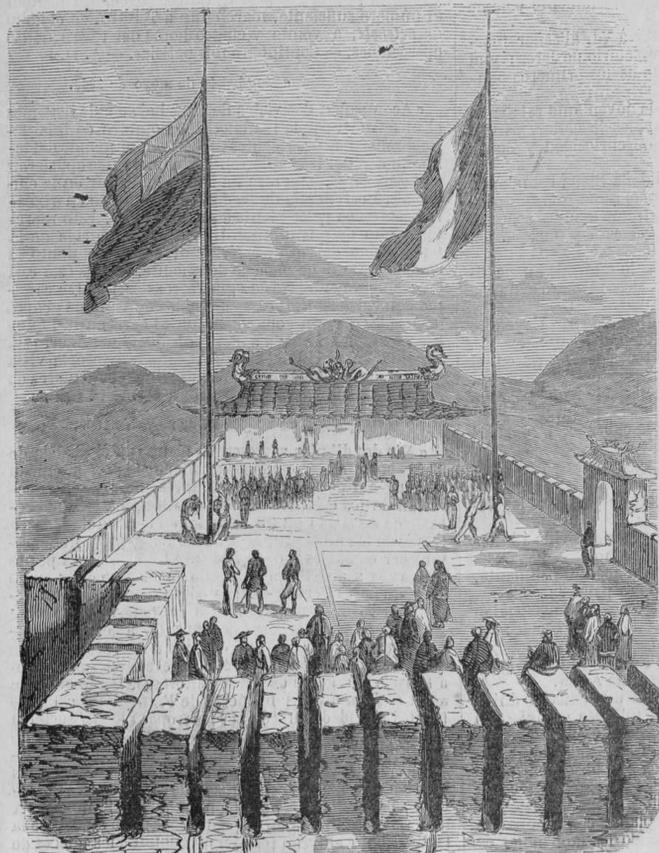
PUERTO DE SHANG-HAI, CAPITAL DE LA ISLA DE CHUSAN.



FUERTE DE JOSSH-HILL QUE DEFIENDE LA CIUDAD Y LA RADA DE SHANG-HAI.



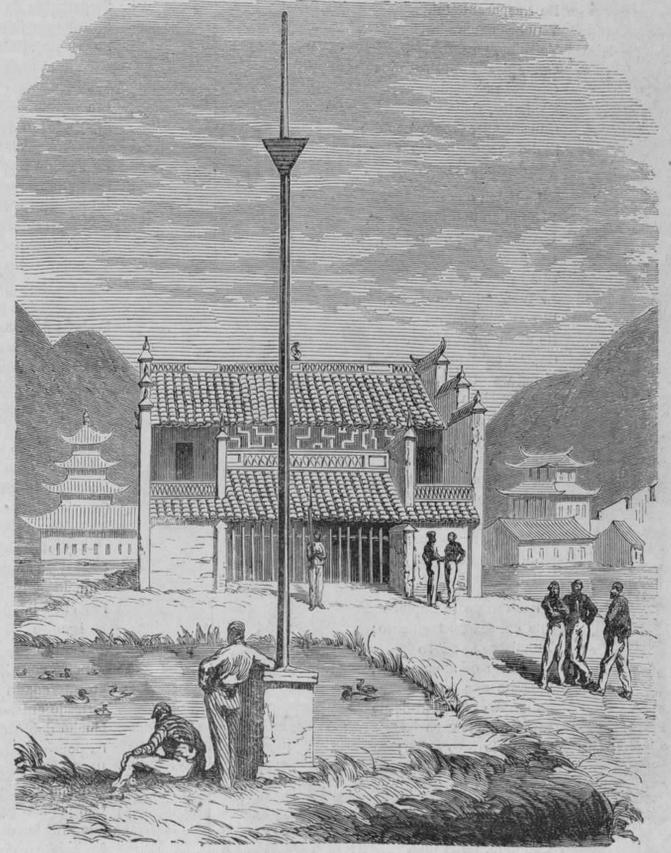
JUNCO DE GUERRA.



TOMA DE POSESION DEL FUERTE POR LAS TROPAS ALIADAS.



LA ADUANA SHANG-HAI.



PAGODA OCUPADA POR LA ARTILLERIA INGLESA.

El mal de amores.

(Conclusion.)

¡Pobre inocente! ¿imaginaste acaso
Que en las lides de amor se solicita
Lo que tomarse por la fuerza puede?...
— ¿Y si es fuerte la plaza que se sitia?
— Si Celia es fuerte, que su amor inmenso,
Su palidez y suspirar lo digan;
Tambien mi Rosa inexpugnable era,
Y débil ora en cautiverio suspira.

De todos modos, si alcanzar pretendes
Esas venturas que gozar ansias,
Jamás tus labios el silencio rompan;
Nunca de Celia los favores pidas.

Esto digo: Lisandro, con Dios queda,
Y piensa bien lo que experiencia indica:
Jamás á Rosa le pedi una mano;
La tomaba... y á fe que lo entendia.

Sin dejar de reir, alegre Ascanio
A separarse de su amigo iba;
Pero Lisandro le detuvo ansioso
Diciéndole: — ¡Detente por tu vida!

— ¿Qué quieres? — Preguntarte si con Rosa
Casarte por ventura determinas.
— ¿Yo casarme?... No sé; pero me pienso
Que libre el hombre sin afán camina.
— ¿Serás capaz de abandonarla luego?...
— ¿Y si ella al cabo la primera olvida?
— ¡Oh! no; la pobre por tu amor se muere.
— Lo siento, amigo; pero estoy de prisa.

Partió Ascanio, y Lisandro muchas veces
El consejo en su mente revolvia,
Y con su Celia al encontrarse junto
Lleno de dudas sin cesar vacila.

Pero una tarde que en la sombra umbrosa
Vió arrullarse á dos tiernas tortolillas,
Cogió una mano de su hermosa Celia,
Y así su afán devorador la explica.

¿No es cierto, Celia mia,
Le dijo con ardor,
Que todo es alegría
Do quier que reina amor?
¿No es cierto, prenda hermosa,
Que en la creacion entera
Amor en todo impera
Potente y seductor?
Si ves los altos cielos,
Y allá en su limpio azul
Se pintan blancos velos
De transparente tul,
Y nubes nacaradas,
Ya rojas, ya doradas,
Que ofuscan nuestros ojos
Con mágico esplendor;
No dudes, Celia mia,
Que allí entre tanto hechizo
El dios vendado hizo
Mansiones al amor.

La tierra que pisamos,
El agua en que nos vemos,
Los valles que cruzamos,
Las flores que cogemos;
El aire que se aspira,
La fuente que murmura,
El ave que suspira
De amor en la espesura;
Cuanto en el mundo existe
Y natura creara,
Nos pareciera triste
Si no lo hermoseara
Amor con su esplendor.
Por eso van los ecos
Por los espacios huecos
Su nombre proclamando,
Por eso subyugando
Amor va por do quiera
Y en la creacion impera
Potente y seductor.

Por eso yo te imploro
Que calmes mi tormento;
Yo misero te adoro
Y arderse mi alma siento,
Permite que en tu frente
Estampe el labio ardiente
El ósculo primero
Que darte loco ansio;
Permite, dueño mio,
Que ya que de amor muero,
En venturosos lazos
Me muera entre tus brazos
Latiendo, Celia mia,

Mi pecho con trasporte
Henchido de alegría.

Aquí nos cuenta la crónica
En todo fiel y verídica,
Que Celia entornó sus párpados,
Y que avergonzada y tímida
Bajando la frente pálida
Dejó ver dos perlas líquidas,
Que meciéndose en sus párpados
Surrearon su faz bellísima.
Cortada, confusa, trémula,
Sintió la mano solícita
Del pastor, que arrebatándola,
Hacia sí la llevó misera,
Y ardiendo en amor volcánico
Sobre su frente purísima
Estampó de fuego un ósculo;
Mientras la noche con callado vuelo
Iba tendiendo su enlutado velo.

III.

Poco despues en la villa
Donde aquellos habitaban,
Varios pastores hablaban
De esta manera sencilla.

— Dime, Andrés, dime si sabes
Donde está Celia la bella.
Yo no sé que ha sido de ella...

— Calla, Anton, calla; no acabes.

Celia permanece aquí
Aunque ha tiempo no la ves.
— ¿Qué me estás diciendo, Andrés?
¿Se halla enferma acaso? — Sí.

— ¿Y qué mal con sus rigores
Hoy á la hermosa maltrata?

— Un mal intenso que mata.
— Di cuál es. — El mal de amores.
— ¿Sabes acaso esa historia?
— Sí. — Cuéntala. — Va de cuento.
— Ya te escucho. — Oyela atento
Y guárdala en la memoria.

Era Celia una muchacha
Bella como un serafín;
Nos daba contento el verla
Tan gallarda y tan gentil.
Su dentadura eran perlas
Y su boquita un rubí;
Las rosas de sus megillas
Envidiaban las de abril.

De alabastro era su frente,
Su garganta de marfil,
Su talle un junco flexible,
Su pecho un blanco jazmin.

Todo el mundo la queria,
Y ella gozosa y feliz
Era ornato de la aldea,
Rico adorno del pensil.

La primavera dichosa
De su vida pasó así,
Hasta que encontró á Lisandro
En hora poco feliz.

El la requiere de amores,
Ella le dijo que sí,
Y ambos á dos se adoraron
Con ardiente frenesí.

Mostróse al pronto el mancebo
Esclavo del mas pueril
Capricho de la doncella;
Mas luego empezó á exigir.

Ella resiste temblando,
El pide favores mil,
Y ambos á dos comenzaron
A suspirar y á sufrir.

Lisandro tomó lecciones
De cierto mozo sutil
Que tiene el nombre de Ascanio...
Ya le conocemos, sí.

— ¡Pobre Rosa! — ¡Pobre Rosa!
— Hey sucumbió la infeliz,
Seducida y olvidada,
Por él se llegó á morir.

Lisandro del torpe Ascanio
Siguió el consejo, y al fin
Penetró con Celia un dia
En un vedado pensil.

Desde entonces la pastora
Mucho debió de sufrir;
La pobre enfermó de amores,
Perdió su gozo infantil.

A ella y á Rosa mil veces
Con pena vagar las ví,
Mientras los dos seductores
No cesaban de reir.

¡Pobre Rosa! ¡Pobre Celia!
La una descansa por fin:
La otra sufre resignada
Y está á punto de morir.

Dijo el pastor; los otros conmovidos
Una lágrima triste derramaron,
En tanto que con paso presuroso
Un mancebo, que oculto se encontraba
Y que ausente algun tiempo de la aldea
Llegó allí y escuchó la triste historia,
A la casa de Celia se dirige.

Entra temblando, sube y á la bella
Que fiel idolatró, no reconoce;
Celia no es ya la misma que era un dia;
Pálida, mustia, débil, temblorosa,
Sucumbe de dolor; la fiebre intensa
La consume y la mata; sus pupilas
Fijas tiene tal vez en un objeto
Que impreso está en su corazon amante;
Objeto que á la tumba llevar quiere,
Pues es la imágen del mortal que adora.

De pronto se estremece: abre sus ojos;
Da un grito: su Lisandro de rodillas
Junto á su lecho la abatida frente
Acaba de inclinar; le reconoce:
— ¡Es él! ¡es él! exclama con locura;
Se incorpora, le toca, se convence;
Lisandro ha vuelto y su perdon demanda;
Lisandro viene á devolverla al mundo;
Todos sus males al momento olvida;
Qual por encanto sus dolencias huyen;
Alza los ojos y contempla el cielo;
Ya no hay nubes en él, todo es bonanza;
Ya no hay cuitas de amor, no hay desconsuelo;
Ya no hay mas que placer y bienandanza.

Sanó por fin la doncella,
Y ante un ministro de Dios
Juráronse amor los dos,
Y hubo una fiesta muy bella.
Reunido todo el lugar,
No hubo moza, ni hubo mozo
Que con sencillo alborozo
No se prestase á bailar.

Todos con grandes porfias
Tanta dicha celebraron,
Y la fiesta prolongaron
Tres noches con sus tres dias.
A fuer de honrados y buenos
Aquel ejemplo admiraban,
Y en los corros que formaban
A nadie se echó de menos.

Hasta un mancebo, algo enjuto
De carnes, enfermo, herido
En el corazon, vestido
Se presentó allí de luto.
Todos fijaron en él
La mirada indagadora,
Y una lágrima traidora
Reveló su afán cruel.

Era Ascanio, que ya odiosa
Consideraba su suerte,
Despues de causar la muerte
De la infortunada Rosa.
Ascanio, que no tenia
Lágrimas ya que verter
Adorando en la mujer
Que para siempre perdía.

Despues de las fiestas al templo tornaron,
Y el cura en la misa les dió esta leccion:
Pastoras, oidla; mirad que os atañe;
Mirad que era un sabio quien dijo el sermon.

Libertinos perjuros,
Ved que es un crimen
Encender en el pecho
De castas vírgenes
La intensa llama
Que devora y consume
Sus pobres almas.
Muchachas inocentes,
Tened cuidado;
No piseis ciertos sitios
Que están vedados;
Mirad que en ellos
Hay lugares sembrados
De mil tropiezos.
Mirad que las pasiones
Tienen su rienda;
Que no es bueno dejarles
Franca la puerta;

Porqué en el pecho
Se introducen robando
Dicha y sosiego.

Para cada Lisandro
Que se arrepiente,
Suele haber como Ascanio
Mil reincidentes;
Que tarde lloran
Los males que causaron
A sus pastoras.

Mirad en fin que el alma
Pronto se prende;
Que con fuego no es fácil
Que nadie juegue;
Que son atroces
Los duelos y las penas
Del mal de amores.

M. CARRILLO DE ALBORNOZ.

CUENTOS FANTASTICOS

ESCRITOS EN ALEMAN

POR ERCKANN CHATRIAN.

LAS TRES ALMAS.

(Conclusion.)

— ¿La has oído? dijo Wolfgang al mismo tiempo que su semblante se encendía con una alegría infernal. ¿No es ese el maullido del gato? La vieja antes de llegar al estado humano ha sido gato ó pantera... ahora se despierta animal... ¡Oh! ¡el hambre, el hambre, y sobre todo la sed hacen prodigios!

No me miraba, se glorificaba. Una satisfacción abominable se pintaba en sus ojos, en su actitud, en su sonrisa.

Los gemidos de la pobre vieja habían cesado.

El loco, dejando su lámpara sobre la mesa, añadió en forma de comentario:

— Cuatro días hace que ayuna... Yo la había atraído aquí con el pretexto de venderla un tonelito de kirschwasser... pero la hice bajar al hoyo y la encerré. La borrachera la ha perdido... ahora expía su sed inmoderada... Los dos primeros días el alma humana estaba en todo su vigor... me suplicaba, me imploraba, proclamaba su inocencia diciendo que nunca me había hecho nada, que no tenía sobre ella derecho alguno... luego la entró la rabia... me llenó de injurias, me trató de monstruo, miserable, etc... El tercer día, que era ayer miércoles, el alma humana desapareció completamente... el gato sacó las uñas... tenía hambre... sus dientes se alargaban... comenzó a dar aullidos... Felizmente estamos en un sitio apartado... La noche última los habitantes de la plazuela de los Curtidores han debido creer que reñían los gatos en una batalla formidable... ¡los maullidos espantaban!... Ahora cuando la bestia esté aniquilada, ¿sabes lo que resultará?... Le tocará su turno al alma vegetal... esta es la que perece la última. Por eso se ha observado que el cabello y las uñas de los cadáveres crecen todavía bajo la tierra; hasta se forma en los intersticios del cráneo una especie de líquen humano que se llama usnea, y que se considera como un musgo engendrado por los jugos anímicos de los sesos... Por fin, se acaba también el alma vegetal... Ya ves, Kasper, que la prueba de las tres almas es completa.

Estas palabras resonaban en mis oídos como las voces del delirio en la mas horrenda pesadilla.

El grito de Catalina Wogel me había atravesado hasta la médula de los huesos.

No sabía donde estaba... perdía el juicio.

Pero al fin, despertándome de repente de aquel estu-
por moral, la indignación se apoderó de mí... me levanté, cogí al loco por la garganta, y arrastrándole hacia el camaranchon le dije:

— Perverso, ¿quién te ha permitido tocar á tu semejante... á la criatura de Dios para satisfacer tu infame curiosidad?... Quiero entregarte yo mismo á la justicia.

Se quedó tan sorprendido con mi agresión, aquello que había hecho le parecía tan sencillo, que al pronto no opuso ninguna resistencia, y se dejó llevar hasta la escala sin responderme; pero allí, volviéndose con la ligereza de una fiera, me cogió á su vez por el cuello, con los ojos chispeantes y la boca cubierta de espuma; su mano poderosa y fuerte como un resorte de acero, me alzó de la tierra y me elevó contra la pared, en tanto que con la otra abría el cerrojo del hoyo.

Comprendiendo entonces su intención, hice un esfuerzo terrible para soltarme; me puse atravesado en la puerta; pero aquel hombre se hallaba dotado de un vigor sobrenatural. Después de una lucha rápida, desesperada, me sentí levantado por segunda vez y lanzado al hoyo, en tanto que resonaban sobre mi cabeza estas singulares palabras:

— ¡Así acaba la carne rebelde! ¡Así triunfa el alma inmortal!

Y apenas tocaba yo al suelo recibiendo un terrible golpe, cuando la puerta se volvía á cerrar á quince pies sobre mí, interceptando á mis ojos la parda luz de la guardilla.

II.

Al caer en el fondo del camaranchon y al verme cogido como un ratón en una ratonera, mi consternación fué tan grande, que me levanté sin exhalar una queja.

— Kasper, me dije á mí mismo apoyando de espaldas en la pared, ahora se trata de devorar á la vieja ó de que ella te devore á tí... Elige... en cuanto á querer salir de esta cloaca es tiempo perdido... Wolfgang te tiene bajo sus garras y no te soltará... las paredes son de piedra de sillaría y el suelo de maderos muy fuertes... Nadie te ha visto atravesar la plazuela de los Curtidores... nadie te conoce en el barrio de la Carnicería Vieja... nadie tendrá la idea de venir á buscarte aquí... Está concluido, Kasper... tu postrer recurso es esa pobre Catalina Wogel, ó mejor dicho, sois el postrer recurso el uno para el otro.

Todo esto cruzó por mi mente como un rayo; entonces me entró un temblor que me ha durado mas de tres años.

Así fué que cuando en el mismo instante apareció en la lumbrera la pálida cabeza de Wolfgang con su lámpara, y yo cruzando las manos de terror quise suplicarle... noté que tartamudeaba de un modo extraordinario... Ni una palabra salía de mis labios trémulos...

Wolfgang, viéndome en tal estado, se sonrió, y le oí murmurar en el silencio:

— ¡Cobarde!... ¡me está suplicando!...

Este fué mi golpe de gracia: caí de bruces en el suelo, y así habría permanecido desmayado, si el miedo de ser atacado por la vieja no hubiese hecho que volviera en mí.

Sin embargo, la infeliz no se movía aun.

La cabeza de Wolfgang había desaparecido... oí al loco atravesar su guardilla, arrastrar su mesa, y toser con una tosecilla seca... Mi oído se había puesto tan fiero, que el menor ruido llegaba á mí y me hacía estremecer.

Oí bostezar á la vieja, y al volverme descubrí por primera vez sus ojos que brillaban en la sombra como dos ascuas.

Al mismo tiempo oí que Wolfgang bajaba la escala, y conté los escalones uno á uno hasta que el ruido se perdió á lo lejos.

¿Adónde había ido aquel miserable? Lo ignoro; pero en todo aquel día ni en la noche se presentó de nuevo, y solo volvió á la otra mañana á eso de las ocho en el momento en que la vieja y yo aullábamos como dos fieras.

Yo no había cerrado los ojos; estaba fuera de mí de miedo y de rabia.

Tenía hambre... un hambre que me devoraba, y sabía que siempre iría en aumento.

Sin embargo, apenas se oyó un débil ruido en la guardilla, me callé y alcé los ojos...

La lumbrera se iluminaba... Wolfgang encendía su luz... sin duda quería verme.

En esa esperanza preparé una súplica muy tierna; pero la lámpara se apagó... y no se asomó nadie.

Este fué quizá el momento mas horroroso de mi suplicio.

Me dije que Wolfgang sabiendo que todavía no estaba estenuado, ni siquiera se dignaba echarme una ojeada... que no era á sus ojos mas que un objeto de estudio que no estaría á punto para la ciencia hasta dentro de dos ó tres días... cuando me hallara entre la vida y la muerte...

Me pareció que mis cabellos encanecían... y era verdad; se pusieron blancos en aquel instante.

Por fin, mi terror fué tal, que perdí todo sentimiento.

A eso de media noche me desperté con el roce de un cuerpo... y dí un salto con horror... La vieja se había acercado á mí... sus manos agarraban mis vestidos... al mismo tiempo que sus gritos agudos resonaban en el hoyo y me helaban de espanto.

Creí que tendría que sostener un combate terrible; pero la infeliz no podía mas: estaba en su quinto día.

Entonces me vinieron á la memoria estas palabras de Wolfgang:

«Después del alma animal el alma vegetal... el cabello y las uñas crecen bajo la tierra... el musgo echa raíces en los intersticios del cráneo...»

Me figuré á la vieja reducida á ese estado horrendo... con su cráneo cubierto de líquen enmohecido... y yo tendido á su lado... ¡nuestras almas hilando su vegetación húmeda en una cerca de la otra en el silencio!...

Esta imagen se apoderó de tal modo de mi espíritu, que ya no sentía el hambre. Extendido contra la pared con los ojos muy abiertos, miraba y miraba sin ver ninguna cosa.

Cuando estaba así mas muerto que vivo, un vago resplandor lució en las tinieblas... Alcé los ojos y vi el pálido semblante de Wolfgang que asomaba á la lumbrera.

No se reía... no parecía sentir ni alegría, ni satisfacción, ni remordimientos... ¡me observaba!...

¡Oh! ¡Qué miedo me dió su rostro!... Si se hubiera reído, si se hubiera gozado en su venganza, habría esperado ablandarle... ¡pero me observaba!...

Así permanecimos con los ojos fijos el uno en el otro; yo muerto de espanto... él frío, sereno, atento, como si estuviera en presencia de un objeto inerte.

Si el insecto atravesado con una aguja que se observa con el microscopio, piensa y comprende la mirada del hombre, debe tener visiones como las mias.

Era preciso morir para satisfacer la curiosidad de un monstruo... Conocí que el suplicar sería inútil, y no dije nada.

Después de haberme mirado largamente, el loco, contento quizá de sus observaciones, se volvió hacia la vieja.

Yo maquinalmente seguí la dirección de su mirada.

Lo que entonces descubrí no puede describirse: una cabeza escuálida, desencajada; los miembros encogidos y tan agudos que parecía debían atravesar los harapos que los cubrían... Algo de informe y horroroso... una calavera, los cabellos esparcidos en torno del cráneo como yerbas secas, y en medio de todo esto dos ojos brillantes encendidos por la fiebre... y dos largos dientes amarillos.

¡Cosa espantosa! Distinguí dos gusanos extendidos sobre aquel esqueleto...

Y cuando hube visto estos horrores al pálido rayo de la lámpara que atravesaba como un hilo las tinieblas... entonces cerrando los ojos con un temblor convulsivo, dije para mí:

— ¡Así estaré yo dentro de cinco días!

Cuando abrí de nuevo los ojos, la lámpara se había retirado.

— ¡Wolfgang! exclamé; Dios está sobre todos los hombres... Dios nos ve... Wolfgang... ¡ay de los monstruos!

El resto de la noche lo pasé en el colmo del espanto.

Habiendo pensado nuevamente, en el delirio de la fiebre, en las probabilidades que tenía de salvar mi vida, y no habiendo hallado ninguna, tomé de repente la resolución de morir, y esta resolución me procuró algunos instantes de calma.

Repasé en mi mente los argumentos de Hazenkopf relativos á la inmortalidad del alma, y por primera vez me parecieron dotados de una fuerza invencible.

— Sí, exclamaba yo; el paso en este mundo no es mas que un tiempo de prueba; la injusticia, la ambición, las pasiones mas funestas dominan el corazón del hombre... el débil es aniquilado por el fuerte... el pobre por el rico... pero todo entra en el orden después de la muerte. Dios ve la injusticia de que soy víctima, y me tendrá en cuenta todo lo que sufrí... me perdonará mis gustos desordenados... mi amor excesivo á la buena vida... Antes de admitirme en su seno ha querido purificarme mediante un ayuno rigoroso... ¡Ofrezco mis padecimientos al Señor!...

Sin embargo, debo confesaros, mis queridos amigos, que á pesar de mi profunda contrición, el recuerdo de la cervicería y de mis alegres compañeros, de aquella buena existencia pasada entre canciones y buen vino, me arrancó suspiros muy hondos.

Oía el chisporroteo de la sarten, el ruido de las botellas y de los jarros de cerveza, y mi estomago gemía como una persona viva... formaba en cierto modo un ser aparte dentro de mí ser, y protestaba contra los argumentos filosóficos de Hazenkopf.

Lo que mas me hacía sufrir era la sed... tenía una sed tan intolerable, que chupaba el salitre de la pared para refrescarme un poco.

Cuando la luz del día asomó á la lumbrera, tuve de repente un acceso de furor inaudito.

— Ese infame está ahí, me decía yo; tiene pan... un cántaro de agua... ¡está bebiendo!...

Entonces me le figuraba alzando el cántaro hasta su boca... me parecía ver torrentes de agua que corrían lentamente por su garganta... Era un río delicioso que corría... corría sin término... y veía el gajón del miserable hinchado de placer, que subía y bajaba voluptuosamente en tanto que su estómago se llenaba.

La cólera, la desesperación, la indignación se apoderaron de mí, y comencé á correr desatentado gritando:

— ¡Agua... agua... agua!...

Y la vieja reanimándose repetía detrás de mí como una loca:

— ¡Agua... agua... agua!...

Me seguía arrastrándose por el suelo... sus harapos se agitaban... ¡no puede haber en el infierno cosa mas horrible!

En medio de esa escena, el rostro pálido de Wolfgang apareció por tercera vez en la lumbrera.

Entonces decidiéndome le dije:

— Wolfgang... escucha... déjame beber un sorbo de agua de tu cántaro... un sorbo no mas, y luego te permito que me mates de hambre... no te lo echaré en cara.

Y lloraba yo al decir esto.

— Es muy bárbaro lo que estás haciendo, repuse... Tu alma inmortal dará cuenta de ello á Dios... Pase por esa vieja... es, como tú decías con razón, experimentar *in anima vili*... pero yo, Wolfgang, he estudiado... y tu sistema me parece magnífico... Soy digno de comprenderte... te admiro... pero déjame que beba un sorbo de agua... ¿qué puede importarte?... Jamás se ha visto una concepción mas sublime que la tuya... Es seguro que existen las tres almas... Sí, quiero proclamarlo... seré un partidario decidido de tu doctrina... ¿no quieres dejarme que beba un poco de agua?...

Wolfgang sin responderme se retiró.

Entonces mi exasperación llegó al colmo... Me lancé contra las paredes á romperme los miembros... apostrofé al miserable en los términos mas duros...

En medio de este furor advertí de repente que la vieja estaba postrada enteramente, y me ocurrió la idea de beber su sangre. La terrible necesidad conduce al hombre á extremos horribles; entonces se convierte en fiera, y todo sentimiento de benevolencia y de justicia se borra ante el instinto de la conservación.

— ¿Para qué la sirve su sangre? me pregunté; ¿no debe perecer muy luego? Si tardo, toda su sangre estará seca.

Pasaron por mis ojos llamas rojas; por fortuna cuando me bajaba hácia la pobre mujer, las fuerzas me abandonaron, y caí desmayado junto á ella con el rostro en sus harapos.

¿Cuánto duró esta ausencia de todo sentimiento? Lo ignoro, ; pero sé que salí de ella por una circunstancia singular cuyo recuerdo estará siempre en mi memoria... oí el aullido lastimero de un perro... ese aullido tan débil, tan punzante... ese grito mas desgarrador que el lamento del hombre, y que no puede oirse sin padecer mucho.

Me levanté con la cara bañada en lágrimas, sin saber de dónde procedían esos ayes tan conformes con mi propio dolor.

Apliqué el oído... y me quedé atónito al reconocer que era yo quien sin querer gemía de aquella manera.

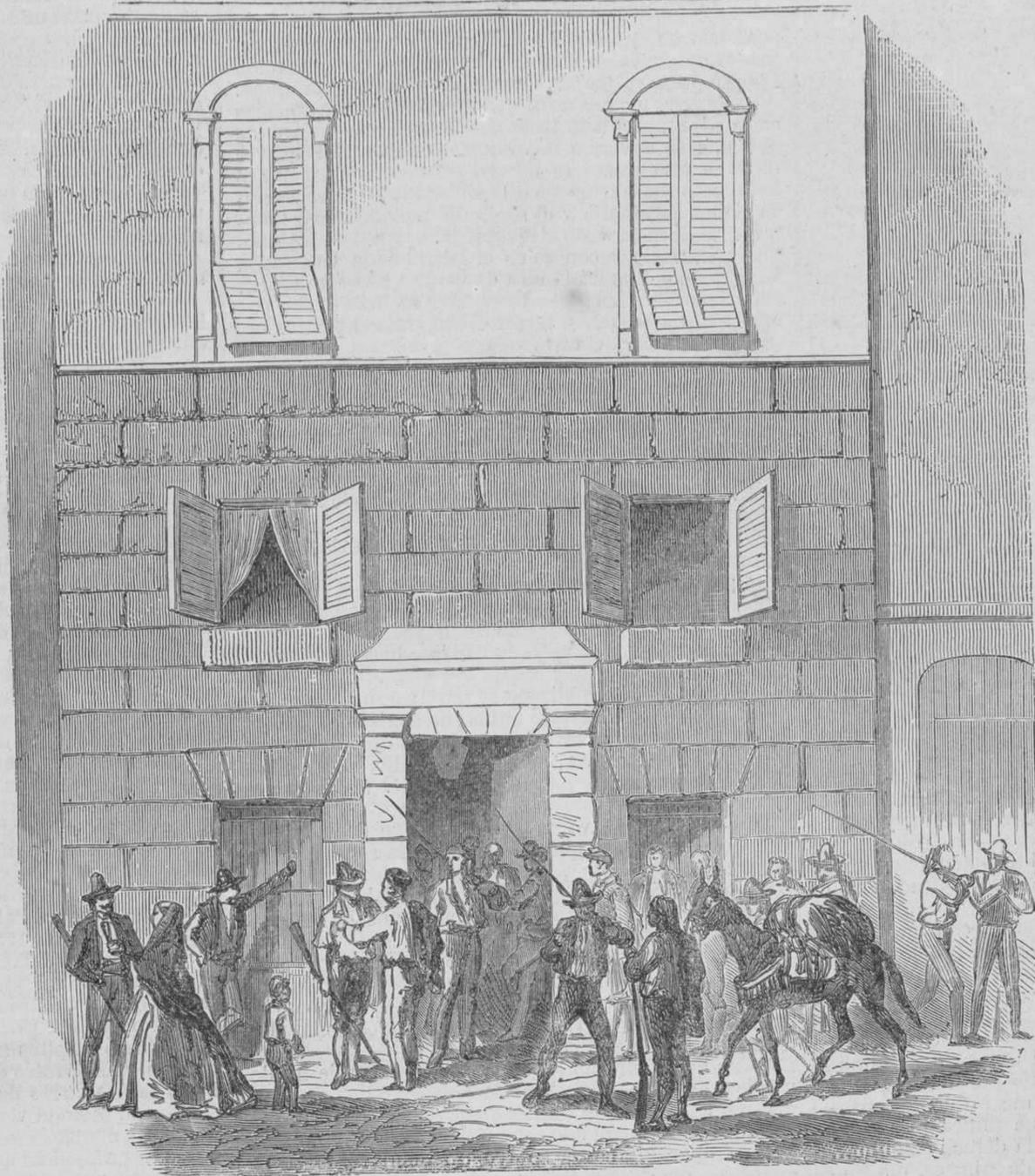
Desde aquel instante toda especie de recuerdo se borra de mi memoria. Lo cierto es que permanecí dos días mas en el hoyo bajo el ojo del demente, cuyo entusiasmo al ver el triunfo de su idea fué tan grande, que no vaciló en convocar á varios de nuestros filósofos para que fueran partícipes de su admiración.

Mes y medio despues me desperté en mi cuarto rodeado de mis compañeros, que me felicitaron por lo bien que habia salido de aquella leccion de filosofía trascendental.

Fué un momento patético cuando Luis Bremer me trajo un espejo, y al verme yo mas escuálido que Lázaro cuando salió de la tumba, no pude contener mis lágrimas.

La pobre Catalina Wogel habia muerto.

Yo estuve á punto de quedarme con una gastritis crónica para el resto de mis dias; pero gracias á mi buena constitucion, y gracias sobre todo



CASA DEL DOCTOR BARTANI EN GENOVA DONDE SE HACIAN LOS ENGANCHES PARA LA SICILIA.

á los cuidados del doctor Kilian, pude recobrar la buena salud de que habia disfrutado siempre.

Me complazco en dar testimonio de lo que debo á M. Kilian... Ha hecho una obra maestra resucitando mi estómago, que el ayuno habia puesto en el peor estado.

Inútil es añadir que la justicia se apoderó del miserable Wolfgang; pero en vez de colgarle con arreglo á sus méritos, al cabo de seis meses de instruccion quedó probado que ese ser abominable entraba en la categoría de los locos místicos... la mas peligrosa de todas, y en su consecuencia le encerraron en una casa de Orates de Baviera, donde todo el que guste puede oírle aun disertar, con voz cortada y seca, sobre las tres almas: acusa á la humanidad de ingratitud, y pretende que seria justo elevarle estatuas por su asombroso descubrimiento.

FIN DE LAS TRES ALMAS.

Noticias de Sicilia.

Hace unos dos meses el *Charles-and-Jane* y el *Utile* salieron del puerto de Génova, con direccion á Sicilia, segun decian; pero lo cierto es que entrambos buques vinieron á desaparecer de repente. Solo algunos dias despues se supo que habian sido capturados por la fragata napolitana la *Fulminante* y conducidos á Gaeta. El telégrafo dió las noticias mas contradictorias sobre la suerte de los voluntarios que iban á bordo de esos buques. Hasta se anunció que habian sido conducidos al presidio de Nisida.

Al mismo tiempo esta captura efectuada en las aguas li-



EL CHARLES-AND-JANE Y EL UTILE EN LA RADA DE GAETA

bres y no en el mar napolitano, se convirtió en una cuestión diplomática de las mas importantes, que estuvo á punto de encender una guerra entre Nápoles y el Piamonte. Lo que complicaba las cosas es que todos los pasajeros del *Utile* y del *Charles-and-Jane*, pertenecientes á distintas naciones, llevaban sus pasaportes, y que tambien los capitanes, el uno piamontés y el otro americano, poseian papeles en debida forma. Al cabo de veinte dias de detencion en Gaeta, buques y pasajeros han sido puestos en libertad sin condicion alguna.

— La carta siguiente explicará los tres dibujos de esta página.

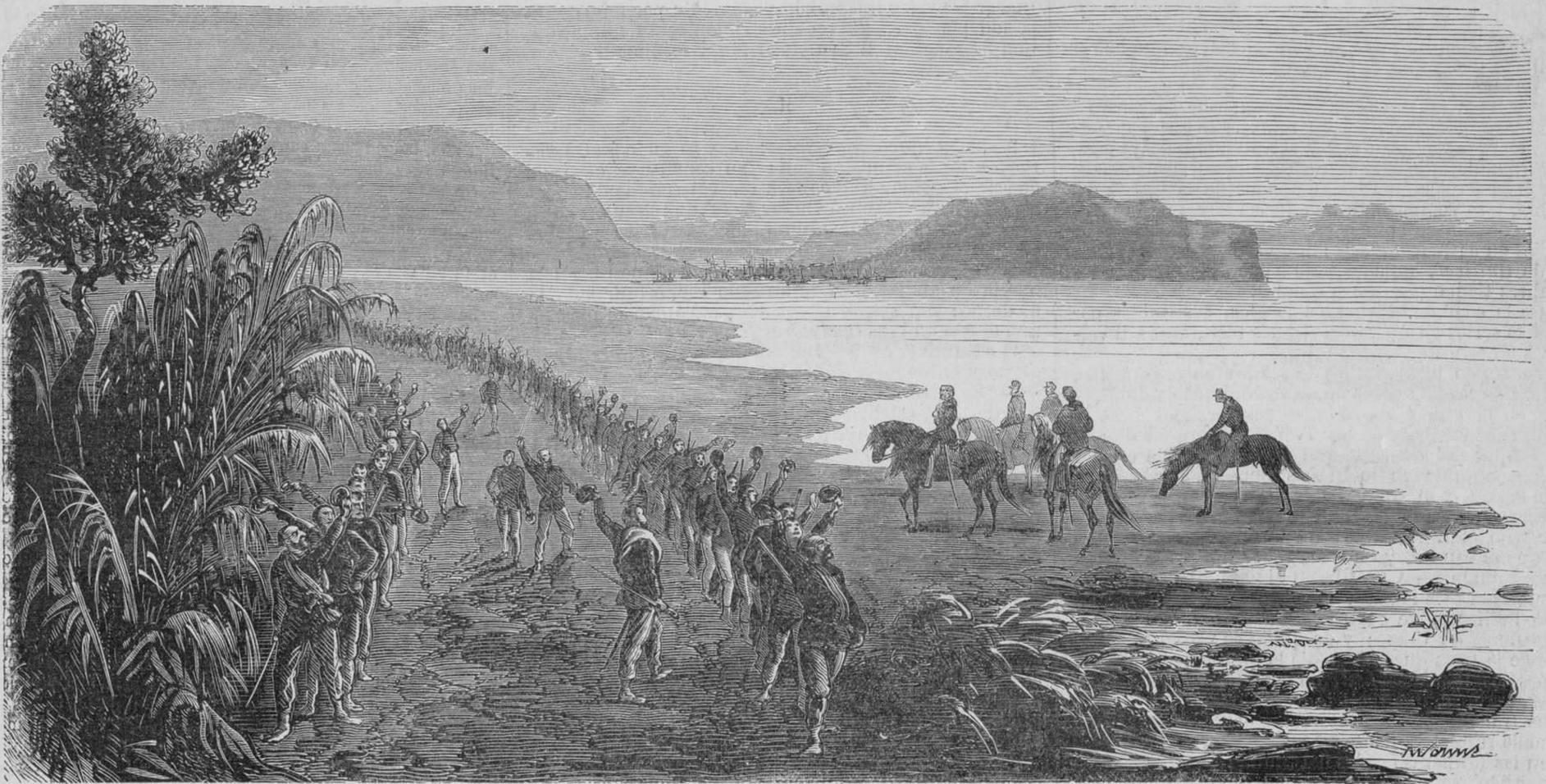
«Termini 28 de junio.

« Salimos de Palermo el 26 de junio á las seis de la tarde, y el general Garibaldi nos pasó revista. La acogida hecha al general fué como de costumbre simpática y ardiente. Entonces nos pusimos en camino y encontramos mas le-



ALTO DE VOLUNTARIOS SICILIANOS EN LOS TRES PORTICOS DE PALEGONIA EN BAGARIA, CERCA DE PALERMO.

jos al general á la orilla del mar con su estado mayor; Garibaldi presenció nuestro desfile, con la cabeza descubierta, en tanto que cada soldado agitaba su kapi. En aquel instante se ponía el sol por detrás de las montañas y Garibaldi se destacaba sobre el mar, reluciente como un espejo. Los voluntarios se perdian ya en la sombra y el polvo. Tal es el asunto de mi segundo dibujo. — El primero es un alto de voluntarios en Bagaria, pueblo adonde llegamos por la noche. Esta poblacion posee palacios soberbios, aunque completamente abandonados. El sitio que yo he dibujado está á la entrada de la aldea; es el pórtico de un castillo que está por concluir; mas bien parece una ruina antigua. De Bagaria nos encaminamos hácia Termini, donde nos dispensaron una acogida de las mas entusiastas. Este pueblo posee palacios como el anterior, pero está mucho mejor situado, pues se encuentra á la orilla del Mediterráneo y apoyado



LOS VOLUNTARIOS DESFILANDO A LAS ORILLAS DEL MAR POR LAS CERCANIAS DE PALERMO.

en altas montañas. Envio la vista de la ciudad y del fuerte desde donde los napolitanos bombardearon á la desgraciada poblacion durante cuatro horas antes de evacuar la fortaleza. — U. DE F. »

— De Nápoles escriben que la ciudad sigue tranquila en apariencia, pero que todo el mundo presagia próximos acontecimientos.

La prensa funciona tan libremente, que dias pasados se vendia sin ningun misterio ni precaucion un impreso que aparece publicado en Florencia firmado por Luigi Settembrini, que se encabeza con el epigrafe de *Lo que deben hacer los napolitanos*, y en que á vuelta de mil piropos dirigidos al rey Francisco II, aconseja al pueblo napolitano que dude y desconfie de él, y añade: «Una cosa debemos hacer todos, obrar, obrar para torcer el cuello á los Borbones y hacer la Italia, » y concluye recomendando á Farini dictador para gobernar la alta política.

En algunos otros impresos



LA CIUDAD DE TERMINI Y EL FUERTE QUE LA BOMBARDEÓ DURANTE CUATRO HORAS.

de los infinitos que salen á luz diariamente, se incita á las tropas á revolverse contra la autoridad del rey.

Tambien se ha estado vendiendo por estas calles un impreso con las siguientes palabras del general Garibaldi, dirigidas á los napolitanos:

«Señores: Debemos tener un ejército de 200,000 hombres. Aprecio y estimo en mucho á los voluntarios. Sin embargo, prefiero nombrar coronel á un leal capitán, conecedor de su obligacion, que a un abogado.

Prefiero hacer capitán á un sargento que á un médico.

Si vosotros sois realistas, yo lo soy tambien.

Pero, rey por rey, prefiero á Victor Manuel, que nos conducirá á todos algun dia contra los austriacos, que á Francisco de Borbon, que conduce á los italianos contra los italianos

Señores: vamos á elegir. Venceremos sin vosotros, pero quisiera tener el orgullo de vencer con vosotros.

JOSÉ GARIBALDI.»

Estas palabras están tomadas de un programa que se ha dirigido también al ejército; en él pregunta á los militares napolitanos porqué vierten su sangre y la de sus hermanos; porqué no quieren que la Italia sea una gran nación de 24 millones de habitantes, que ocupe su correspondiente categoría entre las grandes potencias de Europa.

El programa termina en los siguientes términos:

« Si se pierde este momento, ¡ay de vosotros! ¡ay de todos! Se verterán ríos de sangre, y la Italia no dejará de triunfar á pesar de vuestros esfuerzos. Caeréis junto con los Borbones, y vuestra sangre caerá maldecida sobre vosotros y sobre vuestros hijos, porque habreis sido infames en atacar á vuestro propio país. Vuestra resistencia es inútil, pues no tendreis que combatir solamente al resto de Italia, á la Francia y á la Inglaterra, que abiertamente apoyan nuestra justa causa, sino que habreis de luchar también contra la Providencia.

La Providencia protege á la Italia en adelantado tan poderosa, ella ha colocado á Napoleón en el trono de Francia, y ha librado á Garibaldi de la muerte para que el uno empezara y el otro llevase á término la grande empresa de hacer á la Italia una desde los Alpes al Etna.»

Por estas muestras se puede formar idea de los escritos que ven la luz en Nápoles y de los medios que se emplean contra la dinastía reinante.

Verdades, mentiras, errores y preocupaciones.

I.

— No existen historias, ni cuentos, con los que hayan arrullado mas nuestros primeros años, como las historias de gigantes.

En primer lugar vienen los *ogros*, que se comen á los niños crudos, que poseen reinos sin fin; y que de una zancada atraviesan ríos y salvan montañas; luego, es *Gargantúa*, que á guisa de cascabeles suspende de la collera de su mula las campanas de la iglesia del pueblo, y se sienta sobre una de las torres de la catedral de Sevilla para tomar con mas comodidad un baño de piés en el Guadalquivir: despues, siguen los gigantes de *Gulliver*, quienes para poder distinguir á los hombres tienen que usar catalejos.

Pasa la edad de los cuentos jocosos, sustituidos por estudios serios en un colegio; pues bien, aun allí volvemos á encontrar los gigantes.

En segundo lugar, en los libros profanos, es Anteo, gigante de sesenta codos de altura que suspendió Hércules en el aire y ahogó entre sus forzudos brazos; luego, es el combate de los *Titanes* contra los dioses; esos titanes son gigantes, que con el objeto de escalar el cielo, amontonan montañas sobre montañas, Ossa sobre Pelion, y el Olimpo sobre Ossa.

Dicen que uno de los titanes, sepultado vivo por Júpiter bajo el Etna, causa un temblor de tierra cada vez que se mueve, y hace surgir llamas del volcan á cada resoplido. — A los titanes siguen los *Ciclopes*, de los cuales el mas famoso, alto de trescientos piés, llamado Polifemo, de cuatro bocados engulló á cuatro compañeros de Ulises; y de quien se vengó este, jugándole la treta que nos cuenta la mitología. — Vienen en pos los llamados *Lestrigons*, en cuyo país viajó Ulises, segun tantas veces asevera Homero.

Las tradiciones del Norte están acordes con las del Mediodía respectivamente á la existencia de los gigantes en las primeras edades del mundo.

Conocidos son los sueños de los rabinos relativos á la estatura de Adán, quien segun opinion de algunos de entre ellos pasaba de trescientos piés de altura, cuya cabeza rebasaba con mucho la atmósfera, al propio tiempo que una de sus manos tocaba en el polo ártico, y la otra en el antártico. También hemos leído sus símbolos, y lo que les plugo inventar referente á los patriarcas, especialmente de Og, rey de Bazán, el cual era de tan colosal estatura, segun la fábula, que las aguas del diluvio solo le llegaron á las rodillas, en términos que Polifemo, como todos los demás gigantes reunidos, hubieran podido bailar en la palma de su mano, no sirviéndole á Og ni tan siquiera de mondadientes el hueso del muslo del Cyclope.

Los mahometanos han adoptado todas esas fábulas, que han cundido entre ellos como verdades.

A fin de probar la realidad de semejantes gigantes, que solo existieron en imaginaciones enfermas y en el país de las fábulas, han querido argüir con la existencia de gigantes osamentas exhumadas de la tierra; empero, la ciencia ha demostrado con pruebas irrefragables, las diversas especies de animales á quienes pudieron pertenecer esos fósiles enormes, atribuidos harto ligeramente por la ignorante credulidad á una raza de hombres colosales.

Algunos tendrán noticia del ruido que hizo en el siglo XVII el descubrimiento del pretendido sepulcro de *Teutoboch*, rey de los cimbras derrotado por Mario, quien suponian que segun las dimensiones de sus huesos, debió tener lo menos treinta piés de alto; así como de la célebre discusión en la cual resultó probado que el tal *Teutoboch* fué sencillamente un elefante, cuyos fósiles fueron hallados en el Delfinado. — Abi es adonde por lo regular van á parar las patrañas de todas las osamentas de gigantes. Tal espinazo atribuido v. g. á Polifemo ú á Anteo, ha resultado ser una columna

dorsal de ballena; tal otro gigante se ha convertido luego en un mastodonte, en un hipopótamo, ó un rinoceronte; y ha llegado el caso de tomar por el pecho de algunos, la coraza de una tortuga; contribuyendo á desvanecer el prestigio de esas cosas el ojo severo de la ciencia en el ramo de la anatomía comparada.

Si bien no es verdad que jamás haya existido raza de gigantes, no se puede negar de que sea susceptible la estatura del hombre de poderse elevar sobrepujando de mucho á la talla ordinaria en ciertos casos excepcionales: nosotros en nuestros dias hemos visto hombres altos de ocho piés; — y si bien podemos calificar á semejantes hombres de gigantes, convengamos al propio tiempo que estos únicamente constituyen en la especie humana excepciones singulares, apareciendo aisladamente, á largos intervalos, y que estas estaturas nunca alcanzan tampoco el doble de la talla comun de la especie humana; no pasando jamás de unos nueve piés: hay que notar además, que semejantes excepciones tampoco son peculiares á ningun pueblo determinado; de modo que en los anales de la ciencia se citan ejemplos de gigantes nacidos en el Congo, entre los hotentotes, en Arabia, Siria, Italia, Suiza, en los Países-Bajos, en Inglaterra, Alemania, Dinamarca, España y Francia. Otro tanto decimos de los enanos, á pesar de la historia de los *pigmeos*, pues por mas que nos quiera decir Aristóteles, tan fabulosa patraña viene á ser la historia de los pigmeos como la de los *Liliputienses*. Es verdad que los lapones, los samoidas y los groenlandeses son de estatura mas pequeña que los demás pueblos, empero de ningun modo constituyen una raza de enanos. Cuéntase con referencia á cierta princesa alemana que concibió el extraño capricho de criar una raza enana, casando entre sí gran número de enanos de ambos sexos, que su proyecto fracasó completamente por falta de sucesion por parte de esos matrimonios en miniatura. Con los gigantes se ha notado igual resultado.

II.

Basta de *enanos y gigantes*; — y pasando á otra variación sobre el mismo tema que constituye el título de este pequeño estudio literario, tratemos de desvanecer otro error comun ó vulgar de los que circulan entre ciertas gentes *candidas* como moneda corriente y verdades evangélicas.

Encontramos en la sociedad personas que tienen la manía de alabar todo lo antiguo y deprimir todo lo moderno; y nosotros hemos oido exclamar en mas de una ocasion á esos *laudatores temporis acti*:

— « Nunca se cometieron antiguamente tantos ni tan grandes crímenes como en nuestros dias. »

— ¿Es esto verdad?

Ante todo, establezcamos que acontece con el paralelo de las épocas entre sí, lo que en la comparación de los pueblos recíprocamente; ni las unas ni los otros pueden acortar la distancia de los siglos, ni el intervalo de lugares, sino en proporcion que sus puntos de contacto y semejanza, surgidos de sus extremos límites, ofrezcan entre sí una perfecta identidad de palabras, de cosas, costumbres, leyes, preocupaciones, y de circunstancias políticas y sociales, etc., etc. Ahora bien; preguntaremos: ¿qué hay de comun entre los crímenes del siglo XIX y los de los siglos anteriores?

Concretándonos retrospectivamente al siglo XVII, por ejemplo, hallaremos que, anteriormente á la revolución de 1789, el delito de lujuria, el crimen contra natura, el del desafío, el de magia, de sortilegio, de apostasía, de sacrilegio, de blasfemia, así como otros tantos crímenes de lesa majestad divina y humana, previstos y no previstos por las leyes, imprimian á la escala de crímenes una extension inmensa y enteramente fuera de proporcion comparativamente á las reducciones que ha sufrido de entonces acá, mientras que el sello de reprobacion en la frente, el vituperio, la admonicion, el látigo, la picota, las multas, las galeras, la encarcelacion, el tormento, el cadalso, el plomo derretido, el suplicio del fuego y muchos otros horribles castigos que la legal arbitrariedad del juez sabia hacer atrocamente variados en sus dolores, feroces y cruentas penalidades, prestaban á la escala de las penas un carácter agravante en progresion ascendente tocante al modo de aplicacion, el cual necesariamente habia de ejercer sobre los espíritus una influencia de intimidacion y terrorismo, que ha debido con precision á su vez ir perdiendo sucesivamente y casi por completo al cabo y al fin con nuestro sistema moderno de penalidad atenuante.

Con lo dicho creemos dejar asentado que, la semejanza de costumbres y de leyes entre nuestro siglo y el décimosegundo, no permite establecer entre la criminalidad de entrambas épocas ningun punto preciso de paragon moral ni de apreciacion. Y por lo que respecta á establecer una confrontacion numérica entre los crímenes de antaño y los de hogaño, la cosa no nos parece tampoco mas fácil; pues anteriormente al año de 1825 no existia entre nosotros estadística alguna de criminalidad. Luego, la censura prohibia á la prensa de épocas atrasadas el que publicase los crímenes que las leyes se reservaban juzgar y castigar; — al contrario de lo que acontece hoy, — siendo por decirlo así, el campo de los crímenes uno de los mas explotados por los periódicos; resultando de semejante publicidad, que el número de atentados aparezca ser mayor del que en realidad es, y corrobora en cierta manera la opinion de los que dicen, que los grandes delitos abundan mas en la actualidad que antiguamente.

Si queremos fijar nuestra consideracion por breves momentos en un siglo aun mas cercano de nosotros, mas culto, mas ponderado, — el de Luis XIV por ejemplo, — notaremos que en 1663 para castigar doce mil delitos graves de todas clases, se realizó lo que llamaron los grandes dias de la Auvernia; y por disposicion de los comisarios regios, hubo 276 reos ahorcados; 96 desterrados; 44 decapitados; 32 descuartizados; 28 condenados á presidio; 3 azotados; etc. — Terminamos aquí estos apuntes, suprimiendo infinidad de datos que podríamos citar para probar que no somos peores que antiguamente, y que los hombres seremos siempre los mismos, poco mas ó menos, hasta la consumacion de los siglos.

PEDRO DE PRADO Y TORRES.

Boletín científico

Y DE CONOCIMIENTOS DIVERSOS.

ADELANTOS EN ULTRAMAR: — Siempre que la prensa periódica ó nuestra correspondencia particular nos trae alguna noticia sobre mejoras ó adelantos hechos en la vida social ó industrial de los pueblos de nuestra raza, en el otro lado de los mares, sentimos una verdadera satisfaccion en tomar acta de ella en las columnas de nuestro periódico.

Abramos hoy pues una vez mas nuestro registro é inscribámos en él la nueva *Sociedad de seguros marítimos mutuos de Manila*.

Las hermosas posesiones españolas del Archipiélago filipino carecian de esta importante institucion; y el comercio, en general, y la marina de cabotaje, en particular, se resentian mucho de semejante falta.

No bastaba ciertamente á los armadores y navieros que tal ó cual casa de Manila fuese — aisladamente y en determinadas circunstancias — aseguradora. Las condiciones y requisitos especiales de construccion, armadura, etc., que estas exigian respecto de los buques que se pretendia asegurar, y el no asegurarlos para todos los mares, ni en todas las épocas del año, hacian hasta cierto punto ilusorios los seguros marítimos de Manila.

No era posible tampoco á la altura á que ha llegado allí el comercio de cabotaje y en vista del desarrollo que va adquiriendo la competencia, no era posible, repetimos, que los navieros se resignaran á continuar pagando por este concepto el 13 y hasta el 15 por 100 al año, y esto por pérdida total solamente.

La idea de crear en Manila una sociedad de seguros marítimos, á imitacion de las que existen en Europa, bullia en la mente de todos los navieros de buena fe.

Hoy ya, al fin, merced á la infatigable iniciativa de un hombre de fortuna y de capacidad, el señor don José Joaquín de Inchausti, merced á sus nobles esfuerzos y á los de las personas que tan dignamente le han secundado, las ricas colonias españolas del Asia cuentan con una sociedad de seguros mutuos marítimos, que responde á las necesidades todas de los armadores y navieros, que es la garantía de muchas fortunas, que será el socorro de muchas desgracias, y el cimiento de otras instituciones análogas.

¡Brillante porvenir la espera! Reciban sus fundadores nuestro parabien, y perseveren en su noble empresa.

— EXPEDICION CIENTIFICA: — La Academia de ciencias de San Petersburgo habia enviado una expedicion para explorar bajo el punto de vista de la historia natural las estepas de los mares Ural y Caspio. M. Borstschoff, que forma parte de la expedicion, como botánico, acaba de presentar una relacion general muy interesante sobre la vegetacion de los países en cuestion. Las especialidades las ha reunido en forma de monografías, una de las cuales, la del género *calligonum*, representante muy característico de la flora de las estepas, contiene muchos detalles nuevos. Otra monografía, que tambien ha terminado ya, trata de la descripción de las plantas *umbellíferas*, que producen resina y que son muy importantes por sus aplicaciones en la farmacología. A fin de poder comparar la flora de las estepas del Ural y del mar Caspio con la vegetacion de otros países, M. Borstschoff ha emprendido un viaje por Europa, para estudiar los ricos materiales que existen en los principales museos botánicos.

— NUEVO MÉTODO DE CONVERTIR LOS GASES AL ESTADO LÍQUIDO: — Sabido es que algunos físicos y químicos se ocupan de hallar el medio de fabricar diamantes, lo cual, si pudiera lograrse de un modo fácil y económico, haria una verdadera revolucion en la industria y las artes. Por eso ha llamado mucho la atencion la Memoria de los señores Drion y Loir acerca de un nuevo método de convertir los gases al estado líquido. El procedimiento de que se valen consiste en apresurar la evaporacion de ciertos líquidos introduciendo en ellos una corriente de aire extremadamente dividida. Esta evaporacion casi instantánea produce un frio considerable que determina la congelacion del líquido. Empezando á operar sobre el éter y haciendo que se evapore instantáneamente, se produce un frio de 34 grados bajo cero, que es suficiente para convertir al estado líquido el ácido sulfuroso. Este ácido sulfuroso líquido, á su vez, al evaporarse de repente produce un frio de 50 grados bajo cero, obteniéndose por su medio la licuacion del gas de amoniaco. El amoniaco evaporado da una temperatura de 65 grados bajo cero, y operando de la misma manera se obtiene el ácido carbónico líquido que al evaporarse ocasiona un frio de 87 grados bajo cero.

Los autores de los experimentos precitados han ideado un aparato muy sencillo por medio del cual se hace líquido el gas ácido carbónico producido en un tubo que contenga bicarbonato sódico calentado débilmente, al que atraviesa el vapor de éter. En la Memoria que damos cuenta, se ha demostrado que al suspenderse la accion refrigerante del éter el carbonato vuelve á apoderarse del ácido carbónico desprendido; y tam-

bien que á la temperatura de 67 grados bajo cero, no tienen lugar las combinaciones químicas de cuerpos que en otras circunstancias se combinan con avidéz. Los señores Drion y Loir continúan sus experimentos para saber si el carbono se disuelve en el ácido carbónico líquido, según opinan algunos alemanes, y con lo que tal vez se obtendría artificialmente el diamante.

— LOS ECLIPSES: — Para formarse una idea exacta de cuán corto es el número de los eclipses totales de sol que tienen lugar con el trascurso del tiempo, basta examinar el estado siguiente que forma parte de un artículo que sobre esta materia ha publicado el señor Echevarria, en el que aparecen todos los que corresponden á la segunda mitad del siglo XIX, en el que nosotros vivimos, y que no son mas que siete.

No.	Fecha del eclipse.	Lugares del eclipse.
1º	28 julio 1851.	Extremidad Norte de la América, Rusia, Turquía, etc.
2º	18 julio 1860.	Extremidad Norte de la América, España, Norte de Africa, etc.
3º	31 diciembre 1861.	Océano Atlántico, Mediterráneo, desierto de Sahara.
4º	22 id. 1870.	Azores, Sur de España, Argelia, Sicilia, Turquía.
5º	10 agosto 1887.	Nordeste de Alemania, Sur de Rusia, Asia central.
6º	9 id. 1896.	Groenlandia, Laponia, Siberia.
7º	28 mayo 1900.	Estados Unidos de América, España, Argelia y Egipto.

Y como puede verse en el estado anterior, no todos los eclipses ocurren para todos los pueblos de la tierra. Para la mayor parte de los pueblos, no hay en este medio siglo eclipse alguno total. Para nuestra península, entre los siete se cuentan tres, el de este año, el de 1870 y el del último año de este siglo ó de 1900, que se parecerá bastante al de este año, siendo de advertir, por otra parte, que para el mayor número de los habitantes de la península no habrá eclipse alguno; solo uno, el de este año, para las provincias que van desde Oviedo, Santander y Vizcaya á Castilla y Valencia, y los otros dos para las del Mediodía y otras.

El mismo señor Echevarria hablando acerca de los efectos que los eclipses producen en los animales, da á luz las siguientes curiosas observaciones:

« En los caballos se notan fenómenos muy singulares. M. Fabre, administrador de una empresa de diligencias en Francia, dió orden á todos sus mayores para que observaran el efecto que producía en los caballos la oscuridad producida por el eclipse. Con gracia dice Arago, que todo el tiro continuó su marcha haciendo del eclipse el mismo caso que las locomotoras de los ferro-carriles. Lo mismo observó Arvedi, profesor de la escuela de veterinaria de Milan. Esto no quiere decir que el eclipse no produce efecto alguno en los caballos, pues en otros que trabajaban en el campo se observó, por el contrario, que se paraban, y aun se arrojaban al suelo, resistiéndose á levantarse hasta que terminó la oscuridad.

Los bueyes experimentan impresiones análogas. Es curioso lo que respecta á esta clase de animales observó M. Laurent, secretario de la Facultad de Medicina de Montpellier. Unos cuantos bueyes que se hallaban sueltos en una plazuela frente á una iglesia se formaron en círculo unidos los unos á los otros y con sus cabezas al exterior, como se forman para defenderse por la noche del lobo, y como pudiera formar un batallón un cuadro para resistir una carga de caballería.

En los perros suelen advertirse también impresiones muy diferentes. Muchos de ellos apenas parece que conocen la existencia del eclipse. Otros, por el contrario, experimentan emociones que merecen particular mención.

Cuenta Arago que en Perpiñan en 1842, tuvo un observador la ocurrencia de tener á un perro sin alimento desde la víspera del eclipse, dándole un pedazo de pan pocos instantes antes de ocultarse por completo el sol y quedar el lugar á oscuras. El perro que había comenzado á devorar el pan cuando aun se distinguía el sol, lo soltó en el instante en que quedó á oscuras, volviendo á cogerlo y concluir con él en el momento en que volvió á verse la luz.

Otro perro en el mismo punto se acogió asustado entre las piernas de su amo, en el momento en que comenzó la oscuridad.

Sobre las aves producen también los eclipses impresiones diferentes, como lo demuestran las observaciones que se hicieron en 1842. En Mas del Esparrou, las gallinas y pollos, viéndose á gran distancia de la casa en el momento en que comenzó la oscuridad completa del eclipse, se agruparon y albergaron bajo el vientre de un caballo que á su lado estaba paciendo. Otros, á los cuales se estaba dando de comer, abandonaron precipitadamente el alimento y se refugiaron en un establo. Una gallina que tenía varios polluelos, se apresuró á reunirlos y á cobijarlos bajo sus alas.

M. Peytal observó que un pichon que iba volando en el momento en que se ocultó por completo el sol, fué á pegarse contra una pared, cayendo atontado, sin que se levantara hasta que terminado el eclipse, se encontró con la claridad del sol.

En Cremona advirtieron que cayeron á tierra multitud de pájaros, y M. Zamboni vió caer á su lado un gorrión. M. Pionola, que tantas observaciones curiosas hizo durante el eclipse total de 1842, observó colocado debajo de un árbol en el que cantaban los pájaros antes del eclipse, que todos cesaron de cantar al ocultarse el sol, pero sin que cayera á tierra ninguno.

Las golondrinas suelen desaparecer por completo, al paso que los murciélagos, los buhos y otros animales nocturnos, salen por lo general de sus escondrijos.

Hasta en los mismos insectos produjo impresion en algunos puntos el eclipse de 1842. Para convencerse de ello, no hay mas que tener en cuenta lo que, según Arago, observó

M. Fraisse en Perpiñan. Sentado estaba delante de una pequeña fila de hormigas que la casualidad había puesto á su vista, viéndolas que trabajaban con la actividad acostumbrada caminando cargadas de provisiones. Al comenzar el eclipse y disminuir algun tanto la claridad, la marcha de las hormigas comenzó á sufrir alteracion, disminuyendo lentamente como si experimentasen alguna duda ó impresion: al ocultarse el sol por completo notó el observador con la escasa luz que alumbraba los objetos, que las hormigas se pararon, aunque sin abandonar las provisiones que consigo llevaban, inmovilidad que continuó hasta que volvió á salir el sol, y llegando á haber cierta claridad, volvieron á ponerse en marcha.

En el reino vegetal, por último, produce también un eclipse total ó la oscuridad á que da lugar, curiosos fenómenos. Unas plantas y flores se vuelven, otras se abren ó se cierran, reproduciéndose los efectos análogos á los que suelen observarse durante la noche.

— PRESUPUESTOS DE LA MARINA INGLESA, FRANCESA Y ESPAÑOLA: — Extractamos los siguientes pormenores de un extenso artículo del señor don Miguel Lobe, reseñando los presupuestos de la marina inglesa desde el año de 1756 al de 1860; de la francesa desde 1820 á 1858, y de la española desde 1786 á 1805 y de la época moderna.

De los datos que contiene este documento, aparece que el presupuesto de la marina británica en 1756 solo ascendía á 3.349,021 libras esterlinas, habiendo pasado por diferentes escalas hasta el año de 1860, en que pasa de 12.000,000 de libras. La cifra total de lo que la marina inglesa ha gastado en los 104 años, ó sea desde 1756 á 1860, discrepa muy poco de la que en 1859 representaba la deuda nacional de la Gran Bretaña. Aquella es de 807.497,113 libras esterlinas; y la otra de 805.078,554.

La marina francesa tenía el año de 1821 un presupuesto de 44.306,099 francos, habiendo ascendido sus gastos en 1859 á 221.443,000 francos, cifra formidable y que demuestra no solo el aumento fabuloso del costo de las marinas modernas, sino también los esfuerzos que hace la Francia para que la suya tenga la fuerza respetable que su política exige.

La marina española solo ascendió en 1786 á 141.346,476 reales vellon, cantidad pequeñísima si se compara á la que relativamente empleaban con el mismo objeto Inglaterra y Francia. Al siguiente año era de 142.078,546 rs. vn., y tres despues, por efecto de la revolucion de Francia, llegaba á 163.371,648, variando poco de esta cifra en los años posteriores, hasta el de 1793 inclusive.

En el de 1794, y debido á la guerra con aquella república, importaron las atenciones de la marina 234.928,850 rs. vn.; cuya cifra se redujo en 1795 á 205.394,915. En el de 1796 llegó á 225.840,392, y en 1799 á 312.104,815. En 1802 seguían los grandes armamentos y la guerra con Inglaterra; pero el presupuesto solo figura por 184.097,691 rs. vn., siendo solo de 144.621,771 en el de 1805.

Despues de este último año no volvemos á tener datos sobre el presupuesto de la marina hasta el de 1844, pudiendo decirse que por término medio lo presupuestado para ella en los últimos quince años han sido unos 85 millones.

Hoy por fortuna se presta á este ramo toda la importancia que reclama, y no tardaremos en poseer una marina de las mas respetables de Europa.

— PROGRESOS ECONÓMICOS DE LOS FERRO-CARRILES ESPAÑOLES: — Si hay alguna medida exacta de lo que promete en España la industria de los ferro-carriles, esta medida no puede ser otra que el resultado que ofrecen las revistas de sus ingresos, en las que desde luego se observa un progreso siempre creciente. Si los productos del primer trimestre nos hicieron concebir lisonjeras esperanzas sobre los ingresos de 1860, los del segundo trimestre han confirmado estas presunciones con exceso, debiéndose además tener en cuenta que los productos del primer semestre generalmente no son tan buenos como los del segundo.

Nos ocuparemos de las líneas tal como nos las presenta la Gaceta de los caminos de hierro.

La de Madrid á Alicante ofrece un considerable aumento sobre iguales épocas del año anterior, y suponiendo que los ingresos del segundo semestre de este año sean iguales á los del primero, esta línea daría un producto kilométrico anual de 116,216 rs. Sin embargo, como siempre los ingresos del segundo semestre exceden á los del primero, bien se puede asegurar que el producto kilométrico excederá de 120,000, cantidad que va ya superando las esperanzas que habíamos concebido, y que ofrece un magnífico porvenir á las líneas españolas.

El constante progreso de los productos de este camino manifiesta que no se ha colocado aun en sus verdaderas condiciones, sino que aun puede esperar mucho mas del tráfico que sigue desarrollando. En esta via los productos de la pequeña velocidad son siempre muy superiores á los de la primera, como deben serlo en todo ferro-carril que cuenta con vida propia, á no ser en circunstancias muy excepcionales.

La línea de Madrid á Zaragoza, limitada en el dia al tráfico local de una de sus secciones, no puede hoy prestarse á observaciones exactas. En el dia el tráfico de pasajeros domina al de mercancías, y su producto kilométrico anual no excede de 56,739 rs.; pero cuando llegue á unirse en Zaragoza con las líneas que van á aquella ciudad desde Barcelona y Pamplona, será una grande arteria de comunicacion.

Notable es también el incremento que han tomado los ingresos del ferro-carril de Valencia á Almansa. Resuenan todavía en nuestro oído los clamores de los que aseguraban que la apertura de la seccion de Mogente á Almansa disminuiría el producto kilométrico en vez de aumentarle; pero lejos de haber sucedido así, los ingresos de este semestre casi han duplicado, comparados con los del mismo espacio de tiempo en 1859, y el producto kilométrico anual asciende á 74,148 rs., pudiéndose esperar que el tráfico, que ahora empieza á desarrollarse, elevará mucho esta cifra para fin de año.

Aunque todavía en este camino debe crecer considerable-

mente el tráfico de mercancías, excede ya este bastante al de viajeros.

Abierto á la explotación en 1º de marzo el ferro-carril de Sevilla á Jerez solamente para viajeros, y sin tener organizado aun el servicio de mercancías, que es el que ha de dar en él mejores resultados, ha correspondido bien, sin embargo, á las esperanzas que había hecho concebir á todas las personas inteligentes en esta clase de negocios.

El ferro-carril de Córdoba á Sevilla, colocado en desfavorables condiciones hasta que se le unan las secciones de Manzanares á Córdoba, solo ofrece hasta ahora un producto kilométrico anual de reales 13,936, si bien representando la subvencion un producto kilométrico anual de unos 17,000 rs. por kilómetro, puede considerarse este producto como de mas de 60,000 rs. El servicio de mercancías excede al de viajeros; pero aun no se encuentra en la proporción que debe tener.

El de Isabel II, de Alar á Santander, sigue ofreciendo excelentes resultados. Siendo su producto kilométrico anual de reales 112,381, debe ser considerado bajo este concepto inmediatamente despues del de Madrid á Alicante.

Y aunque es cierto que en los productos de este semestre ha debido influir el transporte del inmenso material de los ferro-carriles del Norte, ¿cuánto no puede esperar este camino, que á pesar de hallarse aislado ha producido tan buenos ingresos hasta ahora, de la apertura de Alar á Valladolid? Siempre hemos dicho que esta línea era de las mejores de España, y esperamos ver aun crecer su tráfico que ya en el dia es considerable, especialmente en mercancías, que se hallan en una proporción muy grande respecto á los viajeros.

En el de Barcelona á Zaragoza no hemos contado mas ingresos que los correspondientes á la seccion de Barcelona á Manresa, que dan un producto kilométrico anual de 65,983 reales. En la seccion ya abierta al público, desde Manresa á Lérida, solo hay todavía establecido un tren ascendente y otro descendente para pasajeros, y este limitado movimiento ha producido desde el 3 al 30 de junio 245,693 rs., que de haberlos incluido en el total producto, añadiendo el número de kilómetros de la nueva seccion, hubiéramos disminuido considerablemente el producto kilométrico.

En esta línea es aun menor el tráfico de mercancías que el de viajeros, porque hasta que llegue á Zaragoza no puede desarrollarse un verdadero tráfico directo.

Los demás ferro-carriles catalanes permanecen estacionarios. Arenys y Granollers acusan un pequeño aumento, y Martorell apenas ha variado.

Jerez al Trocadero continúa dando un producto kilométrico de 161,303 rs. vn.; pero como las circunstancias excepcionales que han colocado este camino en tan favorables condiciones van á modificarse muy pronto con la apertura de la seccion de Puerto-Real á Cádiz, creemos que hasta entonces no se puede considerar el estado actual como normal y regular.

Langreo á Gijon ofrece mejores ingresos en el primer semestre de este año que en el primero del anterior. En este pequeño ramal ocupa el primer lugar el transporte de carbones.

El total de los ingresos del trimestre es de 32.168,457 reales, presentando un incremento de cerca de 12 millones sobre igual trimestre del año anterior, y de mas de 8 millones sobre el primero de este año, siendo tanto mas notable este aumento, cuanto que si hay diferencia entre el número de kilómetros explotados en el segundo trimestre de 1860 y el segundo de 1859, no la hay muy grande entre los dos trimestres de este año, pues no hemos incluido en nuestro cálculo los 118 de la seccion de Manresa á Lérida, ni los 49 que hay de Alcázar á Manzanares, y los 104 de Sevilla á Jerez se habían explotado ya durante el mes de marzo.

No es menos favorable la diferencia del primer semestre de 1860 sobre el primero de 1859, pues asciende á mas de 18 millones á favor del que ha terminado.

Estos ingresos deben aumentar para el tercer trimestre con la apertura de nueve líneas en el Norte y con el desarrollo gradual del tráfico, que ofrece un excelente porvenir á los ferro-carriles españoles.

Pero sin tener cuenta de este aumento, debemos consignar que, si como lo hicimos el año anterior en la misma época con una prevision que justificaron los resultados, añadimos á los ingresos del primer semestre duplicados, un 20 por 100 para representar el aumento que tiene siempre el segundo semestre sobre el primero, el producto bruto total de los caminos españoles pasará este año de 120 millones de reales, y el producto kilométrico que hasta ahora se ha mantenido en los alrededores de 75 á 80,000 rs., oscilará sin duda este año entre 95 y 100,000 rs.

Por estas cifras comprenderán nuestros lectores que se van cada dia realizando con creces las esperanzas que desde hace cinco años se tienen en España.

— NUEVA FARMACÓPEA: — La sociedad de farmacia de París está preparando los materiales que deben servir para la redaccion de una nueva farmacopea. Por ahora ha nombrado varias comisiones encargadas de estudiar los asuntos siguientes: 1º los jarabes, 2º las tinturas alcohólicas, 3º los extractos, 4º los cuerpos simples, 5º los ácidos minerales, 6º los óxidos metálicos, 7º las aguas minerales, 8º las aguas destiladas, 9º los vinos medicinales, 10º los yoduros, bromuros y cianuros, 11º los emplastos, ungüentos y esparadrapos, 12º los alcoholados y las tinturas etéreas.

Últimas operaciones militares en Sicilia.

Durante algun tiempo las operaciones militares en Sicilia han sido insignificantes; pero al cabo han venido á animarse y han producido resultados bastante decisivos.

Los napolitanos se encerraron en las ciudades de Melazzo, Mesina, Siracusa y Augusta para aguardar el ataque de las fuerzas insurrectas. El dictador se ha limitado a enviar columnas ligeras en distintas direcciones para organizar el país y tener bloqueadas las tropas reales en sus plazas de refugio. El día 8 de julio había salido de Caltanissetta una columna de voluntarios que se dirigía a Catania por Castro Giovanni y Aderno; otra columna había tomado la dirección de Girgenti y otra se movía hacia Cefalú. De esta manera se encontraban vigilados los tres lados del triángulo de la isla, en tanto que quedaban al Este fuerzas suficientes para observar a los napolitanos que ocupan las plazas fuertes de este lado del litoral.

El general Cosenz, según noticias, había desembarcado en Olivieri, pueblo pequeño entre Melazzo y Pati, con 4,500 voluntarios bien armados y equipados con diez cañones rayados. Estas fuerzas habían sido conducidas en ocho vapores. Por la tarde Cosenz verificó su unión en Barcelona con el general Fabrici. El cuerpo napolitano del general Bosco que salió de Mesina el 12, se había adelantado hacia Espadafora, marchando en tres columnas: una que seguía por la costa para reunirse a la guarnición de Melazzo, la segunda por el camino llamado Consular, mientras que la tercera lo efectuaba siguiendo la cordillera de la montaña. A la vista de la columna de

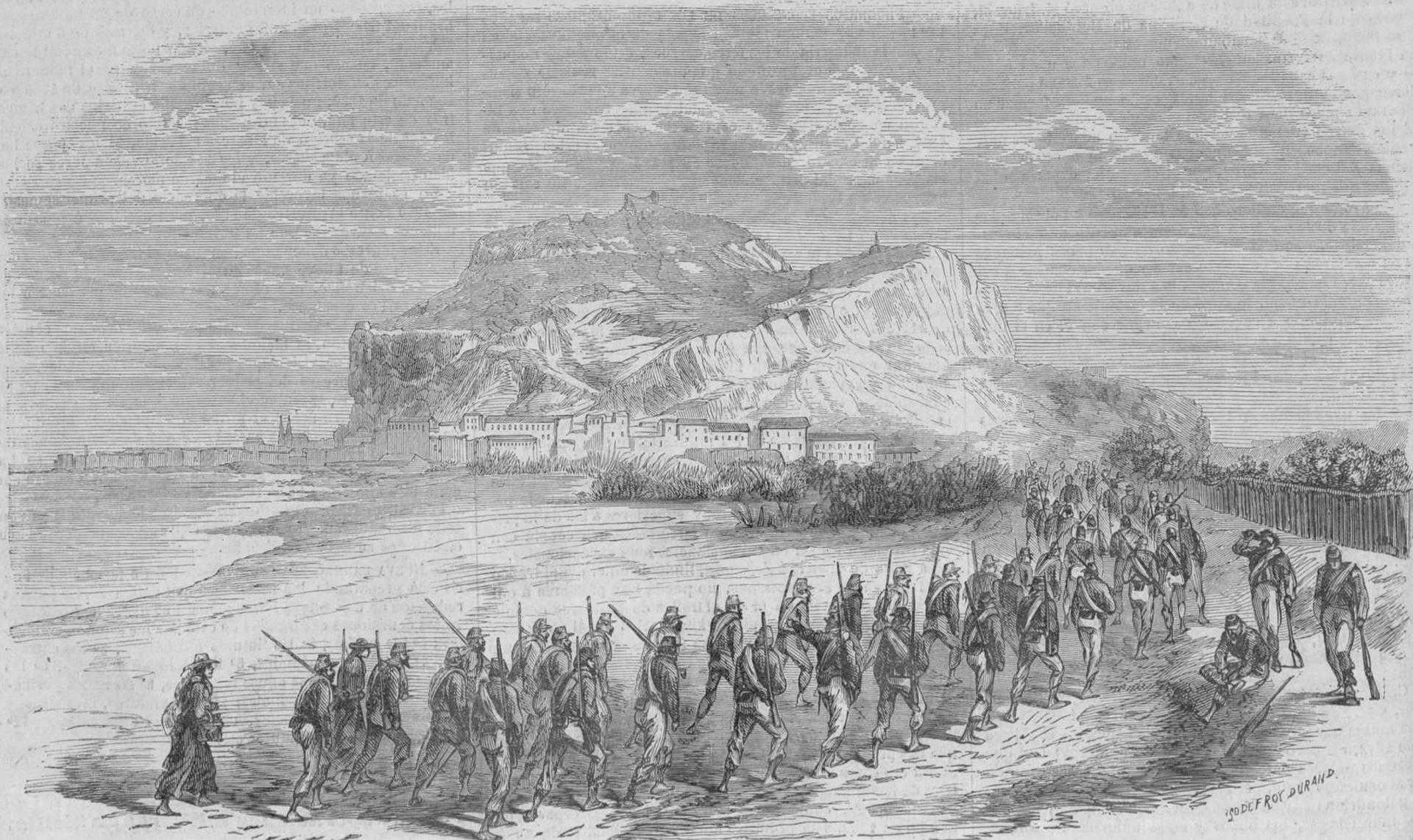


RECEPCION DE LA COLUMNA DEL GENERAL MEDICI EN CEFALU.

Bosco los voluntarios emprendieron un movimiento de retroceso para atraer a los napolitanos a la llanura, tomando posición en Liniere, pueblo grande a tres millas de Barcelona. En tanto que Cosenz efectuaba este movimiento de concentración, el cuerpo del general Fabrici atravesó el país hacia Saponare, con el objeto de apoderarse de las alturas de Autelamare y aislar a la columna de Bosco que se retiró a Melazzo. Hasta el 19 hubo algunos choques parciales.

El resultado de estos movimientos ha sido la ocupación de Melazzo, cuya ciudad fué atacada el 20 por Garibaldi. La lucha fué mortífera, pues a pesar de que los napolitanos se batían detrás de sus fortificaciones protegidos por artillería, los voluntarios penetraron en la ciudad después de apoderarse durante el combate de cinco piezas de artillería.

Retirados a los fuertes, en los cuales permanecían hacinados sin agua y sin víveres, el general Bosco firmó una capitulación que le permitía retirarse a Mesina con los honores de la guerra. Estas fuerzas fueron las que el general Clary mandó regresar al continente, pues desde el momento en que el general en jefe napolitano se ha decidido a permanecer a la defensiva, la acumulación de tropas en Mesina perjudicaba más bien que favorecía la defensa de la plaza. De todos modos puede darse ya por seguro que el rey de Nápoles ha perdido la isla de Sicilia.



LA CIUDAD DE CEFALU.